



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
AGOSTO-SEPTIEMBRE
2022



No. 39

¿Con quién vas a practicar hoy?



RESERVA TU CLASE

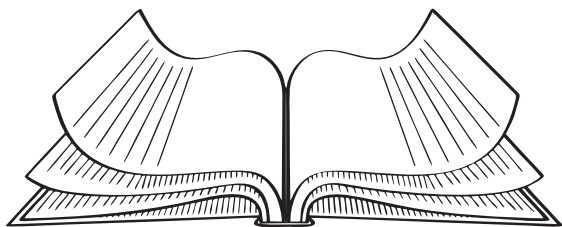
por mensaje directo

Fitpass o Gympass

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX

Arquímedes 198, Polanco, 11550, CDMX

Praga 33, Juárez, 06600, CDMX



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 39

www.porescrito.org





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>Chocolate caliente</i> Paola Contreras	7
<i>El errante</i> Rolando Reyes López	8
<i>En lo nuestro</i> Daniel Álvarez	9

FIRMAS

<i>Deshilachado</i> Cecilia Durán Mena	10
<i>En el corazón de la Vía Láctea</i> Andrea Fischer	12
<i>La arquitectura de la tostada</i> Virginia Meade	16
<i>Mayra</i> Salvador Cristerna	18
<i>La Pérdida de voluntad en el agua</i> Alan Valdez (FCE, 2021)	19
	21

IMAGINARIO

VOCES

<i>Ahora que eres memoria</i> Ana Sofía Fischl Gallardo	23
<i>Alas incipientes</i> Noelia Arlo	24
<i>El desvío</i> Roberto Antonio Remedi	27
<i>El origen del reino de las orquídeas</i> Abraham Aguilar	31
<i>Geminidas</i> Yohana Anaya Ruiz	34
<i>Nunca viniste</i> Aixa Valfiguer	35

<i>Yo le advertí al arquí</i> Emmanuel Bonilla	37
---	----

<i>Para Claudia</i> Ana Sofía Fischl Gallardo	38
--	----

EL CIRCO

<i>El maravilloso poder de la ilusión</i> Cecilia Durán Mena	41
---	----

<i>Blanca</i> María Elena Sarmiento	44
--	----

<i>Para ella eres un pobre...</i> Juan Antonio Díaz Becerra	45
--	----

<i>El palpitar de las horas</i> Arturo Villafranca	47
---	----

<i>Música, maestro</i> Francisco Duarte Cué	50
--	----

<i>Viva la vida patas pa'rriba</i> Angeles Montes de Oca Bowers	52
--	----

<i>Encantador</i> Dave Brennan	54
---	----

<i>El último mahout</i> Magy Otaduy	55
--	----

<i>Alfonso Fajardo, saurópsido y diápsido</i> Alejandro Magallanes	57
---	----

<i>Momento de confesión</i> Gabriel Sarmiento	58
--	----

<i>Amén</i> Arturo Villafranca	59
---	----

<i>La vida en el alambre</i> Guillermo Vega Zaragoza	61
---	----

Querido lector	63
----------------------	----

Hablando por escrito

La vocación de un texto es conectar con su lector, con el mejor lector posible. Por desgracia, hay muchos textos que no tienen esa suerte y quedan arrumbados en un cajón, olvidados entre las hojas de un cuaderno o trasapelados en los archivos digitales de alguna computadora. Los grandes escritores que ha dado la Humanidad son personas que han sabido cerrar el círculo virtuoso que se dibuja entre la escritura y sus lectores. También, es preciso reconocerlo, han tenido talento y muchos golpes de suerte.

No todo es cuestión de suerte, ni todo se le debe al talento. El balance entre estos dos elementos es lo que tuvieron los textos homéricos que encontraron la fortuna de llegar a nuestros días —y no perecieron en algún incendio, como muchos textos de la Biblioteca de Alejandría que ya no podremos leer, o no fueron destruidos por termitas y dejados en el olvido— y por la universalidad que reflejan.

Sin talento, no hay posibilidades de que un texto llegue muy lejos. Ni hablar, muchos pueden escribir, pero no todo el mundo puede ser escritor. El escritor es un seleccionador de palabras que construye mensajes con cuidado y con rigor. Lleva a cabo un proceso doble: crea y destruye. Como una buena tejedora que anuda los hilos y avanza en la trama, pero llega un momento en que valora lo tejido y no le gusta; entonces desteje porque quiere un producto final lo mejor terminado posible. Enmienda los errores y hace las modificaciones necesarias para que quede uno sin fallas. Igual, un escritor tiende letras sobre la hoja en blanco para luego borrar y corregir. Es un proceso arduo que para muchos puede ser doloroso, pero se lleva a cabo con la legítima intención de que el texto quede lo más logrado que sea posible para su mejor lector. Aquí está el talento.

Enseguida viene la suerte. El autor tiene que recorrer los caminos para que ese texto llegue a ser leído. Es el instante en que el escrito despliega sus alas para volar. Algunos alcanzan poca altura, los lee sólo quien los escribió; otros vuelan más lejos y los lee el círculo cercano de familiares y amigos del escritor; hay pocos que alcanzan altura y logran ser publicados y acceden a múltiples miradas. Esa es la vocación de *Pretextos Literarios por Escrito*, que los textos lleguen a más y a mejores lectores.

Nosotros queremos que todos los autores que publicamos sean leídos, muy leídos. Por eso, nuestra misión es seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir. Es un buen propósito sobre el cual se sustenta esta revista. Viene de un compromiso de doble vía: con el lector y con el escritor. Consideremos que esta es una de las responsabilidades morales más altas de todos aquellos que formamos parte de este proyecto, porque buscamos seducir a partir del lenguaje.

Cualquiera que sea la intención autoral o su búsqueda estética, a partir de la palabra abrimos la puerta a múltiples posibilidades que ayudan a que brote la fantasía y se active la imaginación. Tal como lo propone Josefina Vicens en el libro vacío, ver algo antes de vivirlo, darle aliento a lo que no ha existido y sin embargo, está ahí.

Para ustedes, el número 39 de *Pretextos Literarios por Escrito*.

Cecilia Durán
Editora General



Infancia
Irina Novikova

Chocolate caliente

Paola Contreras

Para las penas
y el mar de amores,
chocolate de mi abuela
con sabor a flores.

Desde siempre el atole
y para siempre el chocolate
para digerir mejor los años
y el cambio que abate.

La canela y el azúcar
son caricias para el alma
humeante aroma a consuelo
con pan para la calma.

Cacao que abraza
cacao que esperanza
cacao de mi tierra
donde están mis añoranzas.



El errante

Rolando Reyes López

Justo antes que el tiempo tuviera lenguaje propio,
cuando el rito y la herejía
se disputaban la creación del hombre,
durante la guerra entre la luz y la ceguera,
como una ambición apresurada del destino,
de la estirpe de Dios y del soldado,
del aliento de una boca con argumentos,
erigido donde sucede la noche
necesaria y conclusiva,
después de lo que viene y se abre frente al árbol,
sin murallas que lo separen de la roca
o de la puesta de sol,
impreso en las nubes, en el asfalto,
en la cumbre del sueño mismo,
en lo que empieza y termina,
el errante que salió de los hielos azules
entra a la ciudad, cruza el río
y pasa.



Paúl Núñez

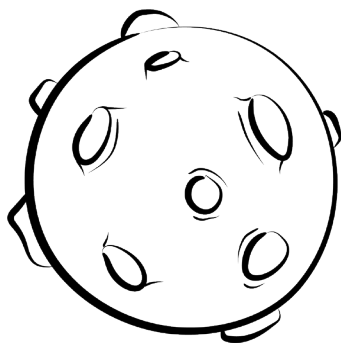
En lo nuestro

Daniel Álvarez

No tengas miedo, amor,
desde el terraplén
contemplamos la parte
que somos del continente
como espigas
evitando que la vida
sea una moneda.

En nuestros morrales tenemos
unos lápices y hojas sueltas
para describir con letras mutantes
lo que nos rodea,
y algunos pedregones
para arrojarles
a los maleantes de la parca
cuando quieran sacarnos la tierra.

Estoy contigo.
Miremos a nuestro cielo
y dejemos a la luna
posarse sobre nosotros
porque somos su río.



Deshilachado

Cecilia Durán Mena

Vuelves a mí cuando ya no te espero,
cuando el desencanto ya formó una brecha de esas que
ni se salvan con excusas ni se zanja con lágrimas.
Vuelves con sabor a sal y yo lo que quiero es el calor del sol.

Traes el pelo revuelto y los ojos opacos,
la camisa va mal abotonada,
los puños están deshebrados.
Hueles a sudor y a cenicero.
Me doy cuenta de que
la orla que me puso al desamparo,
es retal que muestra el doblez.

Llegas con una docena de girasoles,
esos que esperé junto con todo aquello que no llegó.
Hiedes a humedad, a yodo y a barro.
También traes un libro de poemas.

Es que, antes bastaba con una palabra,
con una mirada, un girón de ternura.
Me conformaba con esos hilos que
creí que eran de plata y que
estaba segura de que eran nuestro vínculo,
resultaron ser un hilacho.

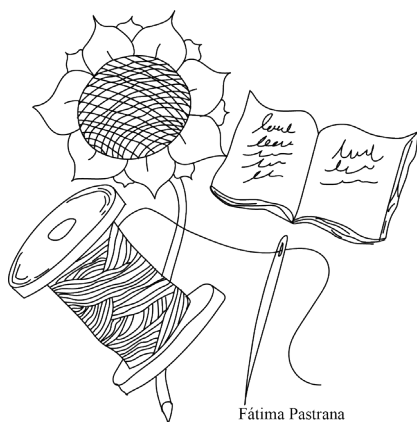
Es que, si el tejido es de un sólo hilo,
se desgasta, se acaba.
Me cansé.
Me cansé de ser la única que daba el primer paso
y todos los demás pasos.
Me cansé de la tela polvorienta,
retazos, mortaja.

En el giro del tiempo, el haz se convirtió en envés.
Hoy, te veo deshilachado.
Dejaste la comodidad del asiento
en el que, es justo decirlo,
siempre me esperaste con los brazos abiertos
pero nunca te pusiste de pie.

Y yo, haciendo surcos para llegar a ti,
encontré el hastío. Escaldó tanto sabor a sal.
Me acerqué una última vez para decir adiós.

Como un títere que se envuelve a su funda,
como el funámbulo que cortó los hilos,
giré sobre mis talones, dejé de ser tu Penélope.
No volví la vista atrás.

Ahora regresas a mí
cuando ya no te espero.
¿Por qué ahora?
¿Por qué ahora y no antes?
Hilos que me intentan arropar,
hilos que ya no me corresponden,
hilos que ya no me mueven.
Eres una maraña de hilos
que sostienen girasoles y un libro de poemas.



Fátima Pastrana

En el corazón de la Vía Láctea

Andrea Fischer

1. *El corazón de la Vía Láctea*

El corazón de la Vía Láctea es un agujero negro¹. Eso no es novedad. Tampoco lo es que, en algún momento de la historia natural del universo, se unirá con el centro de la galaxia más cercana. Así es: los dos corazones se fusionarán en un mismo palpitante², para crear una formación galáctica todavía más grande.

O eso dice la NASA³.

No me consta pero, eso dicen los que saben.

Pablo Nébulas es uno de ellos: remueve formaciones estelares con la cuchara que usa para la misma taza de café que se sirve por las mañanas, al tiempo que se talla los ojos para terminar de despertar. A veces, cuando se levanta sin ganas, se limita a deshacer tormentas tropicales⁴ para que no impacten tan fuerte las costas mexicanas. Quién sabe. Eso dicen los que saben.

2. *El campo magnético de la Tierra*

Últimamente te encuentro en todos lados, le dije alguna vez. Y cuando le mandé el mensaje, era cierto: su imagen se escurría entre artículos de nuevos hallazgos en galaxias remotas⁵, y a través del polvo que resoplan los libros que se hacen viejos en mis estanterías. A veces, también, entre los bloques de nubes pesadas que asfixian los cielos de verano.

Pablo Nébulas tiene los ojos grandes y negros. Se los enmarca con unos lentes que bien podrían ser de adorno, o servirle para abrir portales a otras dimensiones. Aunque vive en la Ciudad de México —inhóspita: el extinto DF—, encontró un claro en la colonia Florida en el que el ruido no penetra. Tengo la sospecha sincera que alteró el campo magnético de la Tierra⁶ para que así fuera: un escondite del bullicio capitalino, un suspiro de alivio entre las multitudes mexicanas más tumultuosas. Justo en ese espacio de excepción tiene su estudio.

Cuando entré por primera vez, sentí frío.

Afuera hacían más de 26 grados.

3. *Las estrellas que explotan*

Era mayo. Supe que Nébulas estaba ahí adentro porque, incluso desde afuera, se distinguía un claro olor a copal, que parecía envolver el portón negro de entrada. Desde que coincidimos en la universidad, fue enfático en que no le gustaban muchos olores. Pero los aromas que sí disfrutaba los tenía cerca

1 <https://www.ngenespanol.com/el-espacio/revelan-la-imagen-de-un-agujero-negro-al-centro-de-la-via-lactea/>

2 <https://www.ngenespanol.com/el-espacio/el-agujero-negro-de-andromeda-chocara-con-el-de-la-via-lactea/>

3 <https://arxiv.org/abs/2102.10938>

4 <https://www.ngenespanol.com/ecologia/que-son-los-ciclones-bomba/>

5 <https://www.muyinteresante.com.mx/espacio/cientifico-mexicano-encuentra-galaxias-sin-materia-oscura/>

6 <https://www.muyinteresante.com.mx/espacio/no-ninguna-tormenta-solar-provocara-un-apogon-masivo-ni-danos-a-la-salud-en-la-tierra/>

siempre: “Casi siempre es copal, salvia o lavanda”, me dijo alguna vez, casi al aire. Estoy segura de que esos comentarios se difuminaban en el aire para otras personas.

Los estudiantes buscaban su clase porque a Nébulas le gustaba hablar de aliens y teorías de conspiración, aunque impartía materias de tecnología o historia, según su interés del semestre. No necesitaba hacer entradas triunfales para despertar el interés de las personas. Nada de eso. Por el contrario, siempre vestido de azul oscuro y pantalones de mezclilla, bien podría pasar por un alumno más que se sentó en el lugar del profesor por error.

Alguna vez, convencido de que había visto naves espaciales entre las montañas de Tepoztlán, contó con lujo de detalle su experiencia astral en medio de la noche. Las dos horas de clase se deslizaron entre la curiosidad genuina de los estudiantes, que, Nébulas entretejía en su historia con una sonrisa morbosa. Yo sólo sabía que, a veces, los cuerpos celestes explotan⁷ y generan lluvias de estrellas espectaculares, que surcan la bóveda celeste de la Tierra. Naturalmente, no dije nada al respecto.

Así transcurrieron varias sesiones, hasta que el semestre llegó a su fin. En ese entonces, a Pablo le gustaba citar a sus alumnos individualmente para darles su calificación final. Cuando llegó mi turno, me preguntó que por qué no participé más en clase. Le contesté que me gustaba tener cierta distancia crítica⁸ de esos temas.

Se rió:

—El escepticismo a veces raya en ingenuidad.

No me acuerdo de qué calificación obtuve. Sin pensarlo demasiado, me inscribí a la siguiente materia que daba.

4. *Con el fulgor sutil del Sol*

Pasaron años antes de que volviera a ver a Pablo Nébulas en persona. Me lo encontraba a veces en sueños, en los que sólo se me quedaba viendo con la misma sonrisa morbosa con la que contaba sus historias de alienígenas. Alguna vez se lo dije por mensaje, y no sé si me contestó. Pudieron haber pasado meses después de esa interacción espontánea. Con la misma torpeza, un día me platicó sobre una terapia con campos escalares que había desarrollado Nikola Tesla.

En esencia, se alteraba artificialmente un rango mínimo del espectro magnético terrestre⁹. Según él, estas modificaciones podrían tener propiedades curativas. Aunque no había una explicación institucional al respecto, él ya se había comprado todo el equipo para simular las mismas condiciones que Tesla descubrió siglos atrás. Me dijo que varios amigos suyos se habían sentido mejor después de entrar al campo escalar y que, si quería, algún día podría probarlo.

Así me invitó a su casa.

Ese día, me dio la impresión de que los árboles que crecen en su patio generan una coraza natural contra el bullicio capitalino. Al llegar, me estacioné

7 <https://www.ngenespanol.com/el-espacio/como-ver-tau-herculidas-la-lluvia-de-meteoros-de-mayo-2022/>

8 <https://www.muyinteresante.com.mx/cuerpo-mente/las-historias-de-abducciones-alienigenas-podrian-venir-de-suenos-lucidos-revela-une-studio/>

9 <https://www.muyinteresante.com.mx/espacio/no-ninguna-tormenta-solar-provocara-un-apagon-masivo-ni-danos-a-la-salud-en-la-tierra/>

justo enfrente del zaguán, al otro lado de la calle. El olor a sándalo fue suficiente para que se me erizara la espalda. Antes de mandarle un mensaje, diciéndole que ya estaba ahí, sentí una presencia del otro lado de la puerta. Supuse que era él, parado inmóvil del otro lado del portón. No me hubiera sorprendido que se quedara mirando detrás del portón desde media hora antes —tal vez más—, esperando a que me apareciera del otro lado.

Le mandé mensaje. Ya llegué, sólo eso. En ese momento, me acordé que las estrellas explotan al morir¹⁰. Eventualmente, después de milenios de transformación violenta, se convierten en agujeros negros. Como el corazón de la Vía Láctea¹¹, por ejemplo.

El portón tronó.

Con parsimonia, Pablo Nébulas asomó la cabeza del otro lado de la puerta, apretando los ojos al encontrarse con la luz del sol. Un destello sutil se cruzó por sus lentes, casi como un guiño accidental. Traía encima una playera negra, unos pantalones de mezclilla y un indiscutible olor a encierro que le envolvía el cuerpo. La gente así pasa mucho tiempo en interiores, pensé.

5. *Las galaxias que se expanden*

Pablo me invitó a pasar, y el olor a encierro¹² se desvaneció. Al cerrar el portón de entrada, me preguntó que cómo estaba, que si me había tocado mucho tráfico, y otras cortesías mal entendidas entre capitalinos. Luego me condujo por un pasillo estrecho, después del cual, se abrió un jardín amplio. Poco a poco dejó de preguntarme cosas, y me di cuenta de que el viento de verano apenas rozaba las copas de los árboles.

En torno al jardín, siguiendo la forma de ‘L’ invertida, estaban dispuestas tres recámaras, que podrían funcionar como casitas independientes. Nébulas se adelantó hasta la primera de ellas, a la izquierda. Me dejó pasar y prendió la luz de inmediato. De pronto, me sentí en un taller de alquimia medieval.

Contenedores de vidrio con especias, moldes de cerámica y flores marchitas tapizaban las paredes del espacio. Cada cual ocupaba su propio lugar, como si obedecieran un orden específico. Al centro del espacio, una mesa de trabajo parecía integrar todas sus cosas en una misma lógica de trabajo experimental.

Sin que le dijera nada, se excusó:

—Era una bodega. Le puse disfraz de estudio.

Y se rio, apretando los labios.

—Tenía rato que no nos veíamos—, reconoció.

Asintió lentamente, desviando la mirada. Era cierto: la última vez que coincidimos, fue en la universidad. Él hablaba de cosas francamente inaccesibles, como la inmediatez, sectas secretas y sus varias experiencias con

¹⁰ <https://www.ngenespanol.com/el-espacio/tormenta-solar-canibal-1-abril-2022/>

¹¹ <https://www.muyinteresante.com.mx/espacio/descubren-una-ruptura-nunca-antes-vista-en-la-via-lactea-y-los-astronomos-no-saben-porque/>

¹² <https://www.muyinteresante.com.mx/sociedad/hikikomori-la-razon-detras-detras-de-los-miles-de-japoneses-que-viven-en-soledad-absoluta/>

psicodélicos¹³ en Tepozotlán. Siempre supuse que nadie le creía, y que fingían hacerlo para que siguiera hablando de esas cosas. Yo era de esas.

Esa vez, sentado frente a él ante la mesa de su estudio, no sabía ni qué decirle. Después de ofrecerme té, café o agua, se nos habían secado los temas de conversación. Con toda sinceridad, no sabía qué estaba haciendo ahí: si había sido el morbo de saber en dónde vivía, o la mera curiosidad de volver a verlo después de tanto tiempo.

Rompió el silencio:

—Tengo algo para ti.

6. *Las galaxias que se expanden*

En un cuartito minúsculo al interior el estudio, Nébulas instaló un prisma triangular. Uno frente a otro, tenía dos dispositivos negros para, en sus palabras, “activar el campo escalar”. Al interior de la estructura, instaló una cama como de dentista, sobre la cual dejó una cobija, un par de audífonos aislantes y un antifaz. Me condujo hasta ahí, y me indicó que me recostara.

Después de pedirme que me pusiera los audífonos, gesticuló preguntando si ya se escuchaba algo. En efecto, era música que pretendía ser suave. En ese momento, cualquier estímulo que viniera de él me hubiera parecido todo menos eso: la combinación de estar recostada en un cuarto, sola, con un cuate pidiéndome que me colocara un antifaz no era necesariamente la más cómoda.

No sé cuándo salió del cuarto. Sólo dejé de sentir su presencia. De un instante a otro, todo se volvió negro. Me sentía flotar en un espacio incierto, lejos de cualquier cama de dentista, de cualquier cuarto, de cualquier música *suave*. Frente a mis ojos se abrió un arrecife de coral frondoso, que no había visto nunca antes. Peces, plantas submarinas, celenterados, ballenas nadando en torno mío sin notar mi existencia. Las siluetas empezaron a perder forma, y eventualmente se volvieron sólo colores.

En ese momento, empecé a entender cómo es que las galaxias se expanden. Sólo en ese espacio difuso, sin nombre, en un lugar del espectro magnético que no existe ante los sentidos humanos.

7. *Años luz de distancia*

La música se detuvo. Pablo Nébulas se materializó a mi lado nuevamente. Lo primero que vi fue el marco de sus lentes, que bien podrían ser de adorno, o servirle para abrir portales a otras dimensiones. Me preguntó que qué me había parecido, que cómo me sentía, y otras cortesías mal entendidas entre capitalinos.

No supe qué contestarle. Balbuceé algo sobre el arrecife de coral, sobre los animales y las plantas, y me di cuenta de que nada de lo que estaba diciendo tenía sentido alguno. Al incorporarme, me sentía un kilómetro más alta. En algún punto del universo, a millones de años luz de distancia, el corazón de la Vía Láctea estaba destinado a unirse al agujero negro en el centro de Andrómeda. Tal vez, Pablo Nébulas me llevó a ese lugar. Quizás, también, ahí conoció a los aliens.

Quién sabe. Eso dicen los que saben.

¹³ <https://www.muyinteresante.com.mx/cuerpo-mente/la-droga-psicodelica-que-podria-aprobarse-para-tratar-el-estes-postraumatico/>

La arquitectura de la tostada

Virginia Meade

En la casa no somos muchos, pero sí somos los suficientes para crear un gran alboroto, sobre todo en las discusiones. En esta ocasión, la polémica versaba sobre el menú para la cena del 15 de septiembre, ya que, todos hacían sus propuestas; sin embargo, la controversia se ramificaba en quién cocinaba mejor o en qué platillo se tardaba más. El *pater familias*, con decisión exclamó que en ese año se prepararían tostadas de pollo, después de un breve silencio, se reanudó la discusión, pero, ahora se enfocaban en la delegación de tareas. El *pater* me señaló con decisión y dijo que yo haría la lista de canciones, la *songlist*, como él nombraba a una *playlist*. A pesar del uso errado de la terminología, me sentí halagado, porque usualmente no me consideraba ni para mirarme, es por ello, por lo que dije con ahínco: *sí señor; yo lo hago*.

De inmediato puse manos a la obra, empecé con *Agustín viajaba a caballo para ver a su novia que vivía en Río Bravo*, porque me parecía muy romántico que, en plena guerra civil, alguien se arriesgara tanto para ver a la novia. Después agregué a la lista, *La Raspa* y otras canciones de la República hasta llegar a *Veracruz*, cuya melodía en marimba es un deleite para el oído.

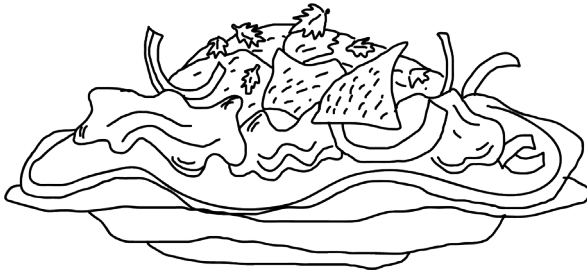
El día de la celebración llegó y yo seguía trabajando en la lista de canciones, agregaba una marimba aquí, harpa por allá e incluso la alegría de la banda para que nos acompañara durante la velada. Mientras trabajaba, mis tripas se emocionaban por los olores de la cocina y me gritaban hambrientas para que yo les diera algún manjar de septiembre. Cuando alguien gritó que la mesa ya estaba lista, con farolitos y banderas, corrí por mi sombrero norteño, ya que era obligatorio portar, mínimo, algún accesorio patriótico para degustar la cena. Al bajar, el *pater familias* me dijo: *a ver, tú, músico mal pagado, empieza con tu música*. Sin titubear, presioné el botón para reproducir las tonadas que con tanto empeño curé en los días anteriores esperando no aturdir el humor del *pater*.

Aunque el señor me aterraba, debo decir que era un verdadero perito en la preparación de las tostadas de pollo. Era tan meticulosa su técnica de preparación que hasta la untada de frijoles era perfecta, incluso, cuando usaba mis tostadas favoritas, las delgaditas con granos de sal que vienen en la bolsa con un charro encima, que por supuesto él consideraba como las tostadas más inferiores a usar. Después de los frijoles, ponía la cantidad exacta de lechuga que le diera frescura a cada mordida, sin olvidar las rebanadas gruesas y delgaditas de jitomates que eran colocadas con mucha reverencia para afianzar la arquitectura de la tostada perfecta. Coronaba las verduras con generosidad con pollo tibiecito y esponjoso, alrededor del pollo, en forma de rehilete, colocaba el aguacate con la densidad perfecta para no romper la tostada. Encima de todo, ponía salsa verde, roja, de chipotle, o una salsa peligrosamente picante y la crema fresca, que desbordaba sobre la tostada y para finalizar, queso fresco de la mano con rábano picante y cebolla.

En la mesa me tocó sentarme frente a él, me aterraba que me hubieran colocado en ese lugar. A pesar del miedo, sabía que estaba a salvo mientras preparaba las tostadas dado que le causaba mucha felicidad hacerlo, tan era

así que sonreía durante todo el proceso. Al llegar mi tostada la mordisqueé con cuidado para no tirar la estructura, hasta llegar al centro de la tostada que llenó de regocijo mi espíritu gracias a la mezcla de sabores, incluso la salsa picante la cual provocaba que me arrepintiera hasta del pecado más chiquito.

Durante mi regocijo, crucé la mirada con él, quién me sirvió tequila, sangrita y limones, el que me presentara con tal destilado significaba que me reconocía como hombre y no como a un niño que sólo podía beber cerveza. El tequila se deslizó por mi garganta como un bálsamo, era el mismo destilado que bebía Pedro Infante y me curó de todos los malestares de mi corazón . Volví a prestar atención a la música, me deleité con las notas de la marimba y la Tehuana y sus pasitos chiquitos, fui muy feliz. Mientras disfrutaba las melodías, llegó otra tostada y otro tequila para disfrutar de la noche en la casa adornada. Al final de la cena, mientras comía el último pedacito de tostada con crema, aparecieron los fuegos artificiales en el cielo de la noche mágica que cerraría con todos cantando a coro *¡Ay! Jalisco no te rajes.*



Mayra

Salvador Cristerna

Desperté con una mezcla de sentimientos encontrados de alegría y aflicción. El primer café del día me supo a tristeza.

Soñé con mi querida amiga Mayra. Escritora de altos vuelos. Amante del lenguaje que obliga ir al diccionario, del rock, el alcohol y las drogas duras.

En el sueño, yo ingresaba a una antesala donde había otras personas. Ella estaba sentada, muy erguida, en una silla pegada a una mesita que ocupaba el centro de la habitación. La imagen me remitió a la de alguien que era juzgado, pues a su alrededor había otras personas en sillones donde había espacios vacíos, uno de los cuales bien podría haber ocupado.

La realidad es que, conociéndola, debía haber elegido ese lugar porque uno de los rasgos de personalidad que compartíamos era una especie de misantropía. Consistente en evitar la proximidad con extraños, a fin de no vernos envueltos en conversaciones no deseadas o comentarios a los cuales solíamos responder con una sonrisa muda, para desalentar a los interlocutores de continuar con el intento de entablar un diálogo.

Como siempre, parecía estar de luto. Vestía unos *jeans* negros, zapatos del mismo color, de tacón bajo; blusa de cuello mao y manga larga, también de color negro. Sin maquillaje, también como siempre, con su cara lavada, casi transparente y el cabello lacio, pesado, que le caía hasta los hombros dividido por una crencha perfecta a la mitad de la cabeza, impecablemente recortado con precisión geométrica en las puntas.

En cuanto la vi, los ojos se me rasaron y me abalancé, literalmente, a abrazarla con mucha fuerza mientras lloraba. Ella solo me acarició la cabeza a manera de consuelo, mientras la gente alrededor me miraba entre intrigada y desconcertada. No me importó.

Cuando me rehice de la sorpresa y me separé de ella. Me sonrió y solo dijo «La distancia es algo relativo, Salvador. ¿Nunca te pareció extraño que viviendo tan solo a unos pasos solo nos encontráramos en reuniones, conferencias y presentaciones de libro?» Era algo que siempre comentábamos y nos hacía reír mucho, porque era verdad. Después de eso volví a la vigilia.

En la recapitulación, pienso que fue un sueño catártico porque desperté con dificultad para abrir los ojos. Tenía los párpados pegados por legañas producidas por lo que intuyo fueron lágrimas reales que escaparon de mi control mientras dormía.

Ya espabilado entendí que Mayra también me había dado una lección con esa sola frase que me dijo.

Su única novela descansa en algún almacén, con suerte en algunos librerías, al igual que ella, casi en el olvido.

Murió hace dos años y jamás nos despedimos.

La Pérdida de voluntad en el agua

Alan Valdez (FCE, 2021)

Fragmento aprobado para su publicación por Ed. FCE

Papá tenía catorce anzuelos pero, el día que perdió uno de ellos, fue el día que halló un cadáver en la orilla de la presa. Unos zopilotes se lo estaban botaneando. Era un muchacho como de diecinueve años. Pero casi siempre mis hermanas están viendo las novelas y no me dejan ver la tele, así que, me salgo a caminar por el arroyo, y arranco manzanas verdes de los campos. Catorce personas sentadas en una funeraria. ¡Se me hincan aquí hijos de su reputa madre!, ¡ahora si ya los cargo la verga! ¡¿y tú de qué te ríes, pendejo?!, ¡¿qué no ves que ya valiste verga!?! ¡Tengo ganas de cagar! Catorce disparos en medio del camino, como a mediados de enero, a mitad de la noche. ¡Oye!, que dice mi mamá que sí te puedes quedar a dormir, pero que nada de estarse riendo antes de acostarse.

libera nos, Domine Deus noster.

Lanzo una piedra y el horizonte se fractura. ¿Ves el agua en silencio?, ¿ves el río? Aún me queda agua en este vaso. Agua para beber, agua para explicar de dónde viene el llanto. Llanto por las cosas perdidas. En realidad, las cosas no se pierden, se vuelven uno con la memoria, y viven ahí entre la luz que se acaba y donde empieza todo lo que ya no se puede mirar. Lanzo otra piedra. Una cuarteadura en la superficie. Cada grieta es el inicio de un país o el fin de otro. La lluvia se filtraba por la pared del cuarto. Se formaron los países buscando agua para trazar sus fronteras. El lenguaje es solo humedad inscrita en la pared de este cuarto. Cada día hemos de decir oraciones que nunca volverán a ser, sí, como el agua. Debemos pintar este muro nomás que pasen las lluvias. Un silencio interrumpe otro silencio. La voluntad es un río trazando su cauce. La memoria es agua detenida. De tanta agua trasminada se ha formado un rostro en la pared. Es el rostro de Dios. Dios no tiene rostro. Juntas el río entre tus manos. ¡Lávate la cara y los dientes antes de ir a la escuela! Hay que pintar esa pared namás pasen las lluvias. Lanzo otra piedra. Jesús y yo construimos una alberca en el arroyo. Amontonamos unas piedras en el estrecho hasta que el nivel nos llegó a la cintura, y luego jugamos guerritas de lodo mientras mi tío buscaba a los caballos. Mi apá se llevó al Pinto para buscar las vacas. A ver si nos presta aunque sea la yegua cuando regrese. Así cada verano hasta que dejamos de vernos y luego él murió. Una bala le abrió el pecho. Lanzo otra piedra. La placa se fractura y brota sangre de su pecho en medio del bosque, a mitad de enero como a las seis de la tarde. El agua que brota es gris. Un cuerpo perforado como el hielo. El agua emana. Emana la sangre. Un rifle sobre el hombro siguiendo a la presa. Ha caído nieve y se deja ver el rastro. El agua sigue gris. Sus ojos están grises. Lanzo otra piedra. En el pozo del amate aún hay agua. ¡Tráete dos cubetas y a ver hasta dónde se llena el tambo, porque ya no hay agua para el baño ni para bañarse! ¡Mari, se ha metido el agua a la casa! ¡Mijo!, barra el agua de la azotea, que se hacen moscos. Tomo otra piedra. Fracturar tanto el hielo hasta

hacerlo irreconocible. ¿Qué pasa con la piedra cuando llega al fondo? Lanzo otra piedra. Ahora tú dejas huellas en la nieve. Ahora tú estás siendo perseguido. Tu hijo está ahí, emanando agua del pecho, y corres a buscar ayuda en medio de los cerros. Lo que te viene persiguiendo te perseguirá para siempre. Lanzo otra piedra. Tengo que acomodar los leños para que queden todos juntos y pueda arder el fuego. Tengo que buscar más leña. ¡Que no se apague la olla! Mijo, a las siete llega la gente. Barra las escaleras y fíjese de no dejar charcos. ¡Échale hielo al vaso de tu papá! Tomo otra piedra. Nadie contesta. Estás en medio del bosque y la noche que llega detrás de aquel cerro no es la noche que te preocupa. Lanzo otra piedra. Una cicatriz es una palabra que se articula con la carne. Lanzo otra piedra. ¡Jesús!, tú vete primero. Por aquella subidita se ve algo. Yo aquí le guardo el rastro. Lanzo otra piedra. Es mitad de enero, como a las seis, y llevan varias horas siguiéndole las patas a unos venados. Lanzo otra piedra. Hijo, fija bien la mira. Se mueve algo por aquel cerrito. Lanzo otra piedra. ¡Apá!, ¿nos prestas al Pinto para dar una vuelta o a la yegua, aunque sea? Lanzo otra piedra. Contienes la bala en el gatillo. Esperas a tener una mejor postura. Respiras y puedes ver tu aire. Lanzo otra piedra. Se fisura el hielo y brota agua. Un silencio irrumpe otro silencio. Lanzo otra piedra. Se quiebra el bosque entero. La fisura es tan grande que una placa enorme se ha separado del resto. Lanzo otra piedra. Vamos a hacer el muertito, a ver hasta dónde nos lleva el arroyo. ¡Mire tío, cómo nos lleva el arroyo! ¡Quizá nos lleve hasta el mar! Lanzo otra piedra. Avientas el rifle y corres a ganarle a la noche que viene bajando por la loma. La carne se ha abierto. Lanzo otra piedra. El río va. La sangre gotea sus manos. Lanzo otra piedra. No orines cerca de la casa, la nieve se va a quedar amarilla. ¡Qué tiene! Culpamos al Oso. Si regresamos a la casa oliendo así, se van a dar cuenta. Detrás de la leña hay un pisto que le robé a Juan. Lanzo otra piedra. La sangre también tiene memoria. Cargas a tu hijo como cuando era un niño. Lanzo otra piedra. Pon los envases encima de la cerca, al lado del llorón, ahí es donde pega mejor la luz, y ahorita voy por el veintidós de mi papá y le practicamos para ver si luego nos lleva de cacería. Lanzo otra piedra. Cuando el hielo se

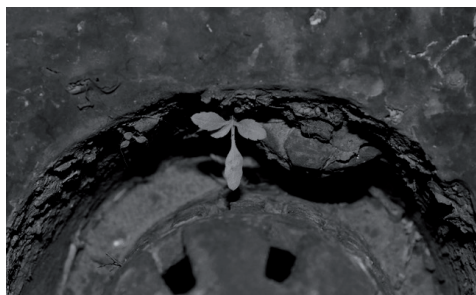
fractura también nos fracturamos nosotros.

Nací una mañana como la de hoy,
sin nombre.
Primero mojaron mi cabeza en el río
y después me enseñaron a juntar las manos
e hincarme para mirar al cielo.
Esta mañana decidí salir a caminar,
era otro día sin nombre
en un lugar sin nombre,
en un lago vacío.
Junté mis manos y contuve el silencio en un
espacio tan angosto
como el grosor de una hoja en donde nada se ha
escrito.
Y vi a mi respiración ser una breve niebla
que a cada segundo palpitaba afuera de mis fosas
nasales.
No recuerdo haber decidido aceptar los sacramentos.



Ratón

Irina Novikova



Sin título
Mariel Rangel



Ciudad de Asunción
Alonso Fleitas



Sin título
Dra. Claudia Villareal Peral



Aumenta tus habilidades de redacción y comprensión lectora

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

APRECIACIÓN LITERARIA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión teórica y crea una relación entre la lectura y el aprendizaje.

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Redescubre las ciencias humanas en torno a la diversidad cultural y reflexiona a partir de una escritura transgresora y sugerente.

ESCRITURA CREATIVA

Un espacio donde aprenderás técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

LITERATURA COMPARADA

Trasciende las fronteras lingüísticas y culturales de la literatura universal con el fin de mejorar tu apreciación del fenómeno literario.

Pregunta por los talleres impartidos por nuestra Editora General

Mayor informes a contacto@porescrito.org o en nuestras redes sociales

[@revistaporescrito](#) [@porescritomx](#) [@PorEscrito_](#)

Ahora que eres memoria

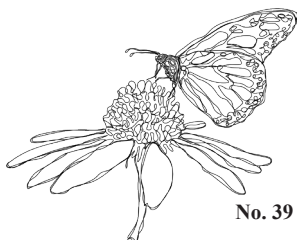
Ana Sofía Fischl Gallardo

Ahora que tu nombre se reduce a fotografías y recuerdos volátiles de momentos compartidos, me encuentro hablando con el viento de nuevo; un hábito que me prometí dejar para caer en el juego de la negación controlada. Quizás mis palabras lleguen a tus oídos si las nubes les dan paso, o tal vez los reflejos de los espejos que me rodean rompan la luz en el ángulo correcto y mis deseos se fragmenten en pedazos que podrás leer como cuentos para niños en días lluviosos.

Ahora que tu sonrisa se reduce a lágrimas compulsivas y memorias colectivas, mantengo una linterna prendida por las noches. Tengo miedo de que me jales los pies mientras duermo, miedo a que te cueles en mis pesadillas y confirmes lo ocurrido. Sin embargo, tu abrazo me acompaña como el anillo que me obsequiaste, diamantes que iluminan mi mano día tras día. Me arde la piel cuando pienso en quitármelo, así que le doy vueltas, pensando en la última vez que lo usaste. Pronto tendré alucinaciones que me lleven a ese momento, visitando tus remembranzas como si las viviera de primera mano, a través de tu mirada, a través de tu mente. Aún no estoy lista pero, tarde más que temprano, lo estaré.

Ahora que tu habla es un mensaje sin contestar, leo y re-leo nuestra última conversación, palabras cariñosas y de apoyo incondicional escapaban tus dedos al tocar la pantalla. Solo por hoy envió textos a un chip desconectado, un número apagado. No imagino tu respuesta, es mejor así. Tampoco llamo a tu buzón, ¿para qué si ya no tienes voz?

Porque ahora tu nombre, tu sonrisa, tus palabras, tus memorias, tu voz, son retratos de un pasado que traen un presente insoportable. Un presente que revolotea en el aire como un mosquito que zumba en la noche y no deja dormir. Si prendes la luz de la habitación, el sonido desaparece, pero la sensación de insomnio permanece. Así es tu partida, una herida que no sana, un movimiento inactivo, una luciérnaga que se quedó sin luciferasas. Nos dejaste como una reacción química inconclusa, abandonada, lista para hacer explosión en un líquido viscoso que se pega en nuestras venas y explota en el corazón. Así nos dejaste, de repente y sin aviso, con los brazos abiertos y brújulas apuntando a lo perdido. Ahora que eres memoria me mantengo ocupada para no recordar. Ahora que eres memoria duermo en el día para no pensar. Ahora que eres memoria canto en las noches para poder llorar. Ahora que eres memoria, ahora que solo eres memoria.



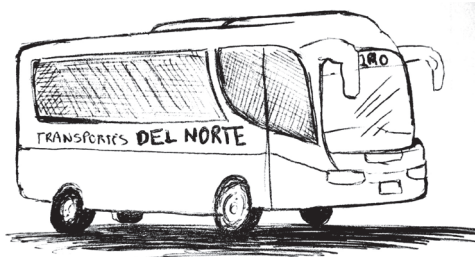
Alas incipientes

Noelia Arlo

CDMX. Terminal del norte. Último miércoles del mes de agosto: “Muy bien. Este es su boleto. Sala tres, andén 95 a 99, autobús 9811. Trate de estar ahí veinte minutos antes de la hora ya que la salida no se anuncia y es puntual.” “Ok. Gracias.” Tomé el papel impreso y subrayado con tinta azul. Abi y yo fuimos a comprar un *Subway*. Ya sabía que no son buenos pero el hambre es mala consejera, así que, ordené uno de rosbif. Nos adentramos en la sala de espera y nos sentamos platicando de lo mucho que nos vamos a extrañar... 16:23. Besos y abrazos. Paso la revisión y miro el autobús de “Transportes del norte”. ¡Qué fiasco! Está viejo y maltratadísimo. Subo y ocupo mi asiento, el tres, prometiéndome que si llego viva a Querétaro volveré por Ómnibus de México, Primera plus, Futura, un burro, ¡lo que sea! pero por esta línea, nunca jamás. Partimos puntuales a las 16:45. Tomamos avenida de los cien metros. Espera... Algo le rechina gachamente a esta cosa en cada desnivel o bache que hace aparición en el asfalto. “Dios: Te ruego, llévame con bien a Querétaro y luego lleva a esta buena gente sana y salva a Matamoros...¡Ojalá ésta *chiva* aguante el viaje...Con razón Ale se rió de mí cuando supo el nombre de la línea que elegí...Bueno, echando a perder se aprende. El vecino del asiento dos recibe una llamada de su, supongo, esposa: “Sí, mi vida...Vamos saliendo... Primero Dios llegamos dos horas antes...Yo te llamo en cuanto vayamos llegando... No te preocupes... Yo también te amo.” Su voz es, a todas luces, norteña; su aspecto macho, bronco y no disminuye ni porque porta una playera verde, unas bermudas caqui y unos tenis gastados. A los pocos minutos, se escucha su voz ahora susurrante y seductora: “¿Por qué no me contestas? ¿Por qué, por qué, por qué, por qué, por qué, por qué...? (En efecto, las conté) ...Te compré otro detallito...Me gustó a mí, así que seguramente te gustará también.” Silencio. Una servidora se divierte y comienza a maquinara al escuchar: “¡Bueno! ¿Por qué no me contestas...? ¿Cómo que quién habla...? ¡Aaaa! No puedes hablar, ¿verdá? ¿Está ahí tu vato...? ¿Cómo que estás trabajando? ¿Entonces por qué no me contestabas y por qué preguntaste quién hablaba?” Tengo que contener la risa. Saco mi cuaderno marquilla y continúo mi dibujo. Hay un poco de tráfico. “Gracias a Dios —pienso— Así no hay peligro de que el *armatoste* este se *desconchave*.” Pasamos la desviación a Tepetzotlán. Los arcos del sitio vienen a mi memoria. Uso la misma blusa que portaba el día de nuestra visita a ese bello lugar. Termino de esfumar el lápiz y el delineado de mi dibujo. El vecino de tres vidas estira el pescuezo para mirarlo un par de veces, pero su charla por *watts* reclama su atención y sigue en lo suyo. El sol está a todo lo que da. La autopista se despeja. Vamos a 89 k/h. Miro las manos del operador asidas al volante: Son regordetas, morenas como el cacao. “¡Súbele al clima, chofer!” Grita el norteño por enésima vez. Me parece demasiado tosco y vulgar. Comienza a exasperarme. “¡Ésto está caliente, carajo!” Mmmm...No siento lo mismo, me encuentro a gusto, pero comprendo el motivo de que él use bermudas. El operador, harto de la lata, eleva el clima. El gritón y su grupo continúan la plática: Sus compras, la hora a la que arribarán, entre 8 y 9 de la mañana, y rien

a carcajada limpia con esas risas francas, sonoras y alegres propias de la gente de provincia. Caigo en cuenta de la atención que estoy prestando al jocoso trío. Destapo el estilógrafo a falta de pluma ya que el objetivo era dibujar no escribir y ésta oscura y cursiva grafía comienza a tomar forma. El individuo se queja de sed. Conozco la sensación y el sufrir que ocasiona. Tengo una botella de medio litro y solo voy a Querétaro, no moriré deshidratada. Además, ni tengo sed. ¿Se la doy? Dudo... ¿Y si piensa mal? Nadie confía en nadie en estos tiempos... ¿Y si se va por otro lado? A todas luces el tipo tiene complejo de galán... Pepito grillo susurra a mi oído: “Es solo un gesto de cortesía para con un ser humano. Adelante.” 18:20... ¿18:20? ¡Santo Dios! ¿Cómo se fue tan rápido una hora y cuarenta? Miro el camino; busco el sitio donde hace muchos años tuvimos un accidente... Me abordan tantos recuerdos... Me distrae el audio en francés de la película. Vuelvo la mirada a mi cuaderno marquilla. Miro hacia afuera. Todo es verde, bello... Me parece que la autopista se parece mucho a la de Morelia, ¿será la misma? ...La cima de una colina frente a nosotros reza con unas enormes letras blancas semejantes a las californianas: “VIVIR ES INCREÍBLE” ... “Sí. Vivir es increíble. Aún con estos golpes bajos.” Concluyo. Ojalá todosuviésemos esas iniciativas para repartir amor... Se me tapan los oídos, estamos subiendo. Bostezo, se destapan un poco. Trago saliva. Un poco más. ¡Una oleada de tráileres a la orilla de la autopista! Muchos restaurantes y una gasolinera... No sé dónde estoy, pero ¡qué alegre se ve! ... Me avergüenzo de lo que viene a mi mente: Una telenovela de Emilio Larrosa de los años 90’s “Dos mujeres un camino” Sí. La vi. ¡Y completita! ¡Qué oso! ¡Naaa! ¡Qué más da! Solo tenía dieciséis años. ¿Qué sabía yo de la vida y de la mala televisión? Me perdono... Verde, todo es verde alrededor, ¡qué bello es mi país! Diviso maizales, nopaleras y hartos garmbullos..., aaam también un intento de gasolinera XD. La preciosa bóveda aún celeste y sus algodones flotantes con reflejos plateados me recuerdan los juegos de mi niñez y me invitan a encontrarles formas y crearles una historia nuevamente. ¡Vaya! se veía venir que iba a ser escritora... Caigo en que he plasmado con este relato tres hojas completas de mi cuaderno marquilla. “¿No ibas a dibujar?” “Sí, pero con tanto movimiento resulta más fácil escribir. Además, me está viniendo muy bien.” Interrumpo la letra por dos chats: Mi madre y mi amiga Carmen que, pareciese, se pusieron de acuerdo al exigir que cambie mi foto de perfil porque luzco triste. “¡Es porque estoy triste! Y como es mi perfil la cambiaré cuando el corazón lo amerite, qué, ¿no?” ¡El respaldo del asiento se baja solo! Lo dicho, esta línea es un asco... ¿Cómo se hace esto para adelante...? ¡Aish! Renuncio. Me cambio al asiento de al lado... Estar junto a la ventanilla me recuerda a Paty Mejía. Ella vino conmigo en aquellos años mozos... La quería mucho. A ella y a Rafael, su esposo. Guardo grandes memorias de ambos... Hacía mucho tiempo que no experimentaba la emoción de un viaje sola. Me descubro contenta y expectante pues esto representa mucho para mí. Es una reafirmación de mi independencia, de una etapa que nace. Lo sé, lo siento en el aire... 19:45. Nos aproximamos a San Juan del río... Pasamos una sucursal de *Los cochinitos* que me recuerda el camino hacia Ameca y a... Ale... Cambio de casete. No quiero llorar... Comienza la puesta de sol... El algodón se torna rosa-naranja, la bóveda entre azul y dorado. Regalos del Creador para animarme... 20:00. “Bienvenido

a Querétaro” “¡Hola, Querétaro!” ...Las primeras luces de la ciudad... “¿Y el estadio *Corregidora*? No está donde recuerdo” ...A mi derecha un enorme fraccionamiento... “¡Hola, terminal!” ...Me sorprende la reflexión de cuánto y cómo pienso...Desciendo del autobús lista para encontrarme al día siguiente en el ambiente maravilloso e intelectual del *Hay festival 2016* que tantas gratas memorias me dejó. Y para volverlo a ver, a él, después de ¿cuántos años? ¡No! No los cuentes. Ya la edad me dice que son más de veinte.



Paúl Núñez

El desvío

Roberto Antonio Remedi

Iván conduce por la ruta de regreso a casa. Es noche de discoteca. A tan sólo media hora de viaje en automóvil se encuentra una ciudad con estupenda vida nocturna. Aunque había muy buena música y el ambiente era ideal, decide volver pronto debido al mal tiempo. Se ha hecho de madrugada y llueve a cántaros. Por eso anda con cuidado. Además, la aldea donde vive yace a la vera de una carretera extremadamente transitada. La ruta nacional treinta y cuatro comunica la mitad del país. Aquí abunda el tráfico pesado. Los camiones marchan desde el Norte hacia el puerto de Buenos Aires transportando materias primas. También permanece atento al último desvío antes de llegar al pueblo. Es una curva peligrosa. Con frecuencia ocurren siniestros en esa instancia del recorrido.

Existen muchas especulaciones al respecto. Desde la perspectiva de algunos vecinos, los accidentes son provocados por una persistente mancha de aceite sobre el asfalto, para otros lugareños, se trata de un sitio maldito. Pues no es casualidad que todos los choques ocurran siempre alrededor de distancias muy próximas. Según su visión, las almas de los difuntos jóvenes del pueblo regresan para cobrar con sangre su corta vida. Sin duda la creencia está alimentada por la localización de la curva. Se halla tan sólo a dos kilómetros del cementerio, unos minutos antes de llegar a la zona urbana. La paranoia es tan grande que los residentes elaboraron también dos opiniones de cómo atravesar el trayecto. El conductor debe acelerar a fondo con el fin de pasar lo más rápido posible el punto macabro. O, por el contrario, es preciso bajar la marcha. De esta manera, cualquier conductor está en condiciones de atenuar las chances de que ocurra un episodio lamentable.

Iván no cree en esas tonterías. No obstante, le parece prudente, y de sentido común, conducir con precaución. Sobre todo cuando llueve. En estas circunstancias disminuye considerablemente la visibilidad y la calzada se vuelve demasiado inestable. Como el recorrido empieza a hacerse tedioso, decide buscar entrenamiento. Entonces enciende el aparato de radio. Pero mientras va acercándose al desvío, la proximidad trae de pronto el recuerdo del suceso más notorio que tuvo lugar en este punto escabroso. Hace veinte años, en una noche de tormenta, un automóvil perdió el control. En el accidente dejó de existir la pareja más venerada de la aldea. Ella era repostera y colaboraba en la capilla todos los domingos, enseñando catecismo a los niños que se preparaban para tomar la primera comunión. Él trabajaba como repartidor de gaseosas para la distribuidora local de una marca conocida, ocupaba el cargo de presidente en la comisión cooperadora de la escuela y era defensor en el equipo de fútbol del pueblo. Todo el mundo los amaba por su vida de trabajo, sencillez y generosidad. No llegaron a contraer matrimonio finalmente. Sin embargo, los vecinos estaban tan ilusionados que decidieron construir una gruta en su honor, a un lado de la curva, días después del terrible accidente. Decoraron con flores y lazos blancos toda la construcción. Como detalle final colocaron dos muñequitos de pastel de boda en el interior. En aquel tiempo, se podía ver la pequeña pieza a través de una puerta de cristal. Con los años, el altar empezó

a derruirse perdiendo su imagen original. Aunque durante el día de los fieles difuntos, la gente del lugar aún continúa alumbrándolo. Los aldeanos dicen escuchar la marcha nupcial por las noches y a veces afirman ver un fulgor que nace en dirección del sitio sagrado. Aunque no los conocía muy bien porque por entonces era pequeño, Iván piensa en la joven pareja y el inesperado desenlace. Contrariado, decide apagar el radio. Se limita a pensar, escuchar la lluvia y a estar atento al tráfico. De pronto percibe que algo ha rozado su pierna. El movimiento reflejo, provocado por el susto, impulsa sus manos hacia la izquierda girando involuntariamente el volante. El automóvil sale de su carril invadiendo el centro de la carretera. Un utilitario conduce en sentido contrario y logra esquivarlo rápidamente. El conductor toca la bocina con insistencia llamándole la atención.

—¡Está bien, la puta madre! ¡Perdón! ¡Fue sin querer!

Iván frena bruscamente estacionándose a un costado de la ruta. Busca tranquilizarse. Apaga el motor. Respira profundo dos o tres veces. Pero las fotografías de la crónica policial que daban cuenta de aquel accidente ahora se instalan en su cabeza. Cierra los ojos. Sacude con fuerza la sien tratando de expulsar esas imágenes. Recupera un poco la calma. Decide poner en marcha el automóvil nuevamente. Ingresa a la calzada despacio. —La lluvia continúa—. Enciende el aparato de radio otra vez con el propósito de despejar sus pensamientos. Un cortocircuito en el sistema eléctrico lo deja sin música. Miles de chispas parpadean en el interior del Ford Falcon rojo. El humo invade la cabina. Huele a goma quemada.

—¡Mierda!

El miedo se apodera de él. Ruega que el desperfecto no afecte los faros. Los nervios comienzan a roer sus huesos. Conduce con la mano izquierda. Libera la derecha para abrir la gaveta. Estira el torso. Tantea dentro de la cavidad. Logra identificar el revólver y las balas, que esconde bajo un paño. Sin desviar la vista de la carretera, coloca el treinta y ocho entre sus piernas más un puñado de plomo. Suelta el volante. Llena el tambor torpemente. Unos cuantos proyectiles caen sobre el tapete. Deja el arma lista para disparar sobre el asiento del acompañante. Avanza con sigilo. Ahora mismo está atravesando la curva maldita. Un camión se acerca desde atrás a toda velocidad. El conductor avisa que va a adelantarse accionando las luces altas de manera intermitente. El coche de carga está saliendo de su carril para sobrepasar. Los faros iluminan el interior del Falcon. Las potentes luces rebotan en el espejo retrovisor. Ivan enceguece un instante. Recupera la visión con dificultad. Quiere seguir observando la maniobra. Pero el espejo le devuelve, por efecto del contraluz, la silueta de una cabellera negra despeinada, a la altura del asiento trasero. Siente escalofríos. Su corazón se encoje. Queda sin aire. Aprieta los frenos como puede. Tira el rodado a un costado de la carretera una vez más. Coge el revólver velozmente. Sin mirar apunta hacia atrás con la mano derecha. Dispara cuatro veces. Abre la puerta del Ford. Sale. Echa a correr por el barro, a un lado de la ruta, en medio de la lluvia, el viento, los truenos y relámpagos. Mientras avanza descarga el arma abriendo fuego en la oscuridad. Se apresura todavía más al pasar por el cementerio. En unos minutos llega al pueblo. Ya está en su casa. Quiere abrir la puerta. Después de varios intentos logra dar con la llave correcta. Enciende las luces de toda la casa, una por una. Entra a su habitación. Abre el guardarropa.

Busca más balas. Carga la treinta y ocho otra vez. Mojado y cubierto de lodo se recuesta en la cama. Mira el techo. Piensa. Quiere estar alerta. Espera impaciente la mañana. El sueño lo vence.

Seis en punto. Los pájaros cantan. Están alegres porque ha llovido después de mucho tiempo. Iván despierta y se sorprende al encontrar un arma en su mano. Trata de reconstruir los hechos. Pronto recuerda lo sucedido. Ahora está de pie. Recorre la casa apagando las luces. Parte en busca de ayuda. Atraviesa el pueblo deprisa. Los perros ladran por el alboroto. El vecindario aún duerme. Detiene los pasos en una esquina. Llama a la puerta. No atiende. Estoy confundido. Mi mente entra y sale del sueño. Golpea con más fuerza. Identifica que el ruido es real y proviene del ingreso a la casa. Me incorporo. Sigo el sonido mientras empujo cuanto objeto encuentro en el camino: zapatillas, sillas, mesa, bicicleta, plantas y macetas.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Quién es “yo”?

—Iván

—¿Qué Iván?

—¡Tu primo! ¡Sorete! ¡Abre la puerta!

—¿Qué pintas traes! ¡Pareces salido de una tumba! ¿Qué sucedió? Pasa.

—No, luego. Anoche tuve que abandonar el Falcon en el desvío. Debo ir a buscarlo.

—¿Tuviste una avería?

—No exactamente.

—¿Qué fue? ¡No tienes un buen semblante! ¡Ni que te hubieras topado con un fantasma!

—Vi una persona adentro del auto cuando atravesaba la curva...

—¡Estuviste bebiendo!

—Te prometo que no. No bebí nada de alcohol.

—Necesito volver al auto. Carga el rifle. Yo llevo el revólver. —Levanta su camiseta, mostrando el fierro.

—Ya veo. Aguarda un instante. Me visto y salimos.

En unos minutos ingreso a la carretera. Conduzco hasta el desvío. El Falcon rojo sigue al costado de la ruta. Iván sostiene el treinta y ocho. Baja de la camioneta. Avanza apuntando al coche. Está cerca del automóvil. Abre la puerta que corresponde al conductor. Echa una mirada rápida desde afuera. Logra ver proyectiles dispersos sobre la alfombra y un llavero con la pata de conejo. Llama su atención. Observa además que ha dejado la llave puesta. Mientras tanto, cuida la retaguardia, con el veintidós en alto, y tres cargadores en los bolsillos. Continúa con la pesquisa. Jala la puerta trasera. Encuentra cristales rotos en la superficie superior del baúl y un plumero. Piensa un momento. Se sonroja. Empieza a reír. Deja el revólver sobre el asiento. Cubre su rostro con las manos.

—¿Qué te pasa? —Bajo el arma porque estoy desconcertado.

—No había ninguna persona. Ayer por la tarde olvidé el plumero sobre el baúl del auto. Estuve poniendo en condiciones el carro porque iba a salir. Confundí las plumas con el cabello de una persona.

- ¡Estás de broma!
- Y lo que sentí en la rodilla era el llavero que se desprendió. Ahora me doy cuenta.
- ¡Te voy a matar! — Apunto el rifle hacia su pecho.
- ¿Qué haces?
- ¡Voy a volarte el poco seso que te queda! — Me transformo. La ira brota por mi nariz, boca y oídos.
- ¡No te pongas loco! ¡Quita el fierro! ¡Fue sin intención! — Apunto al cielo y abro fuego.
- ¡Voy a quemarte los testículos a balazos! — Iván cubre la entrepierna con sus manos. Ríe sorprendido y a la vez tiene miedo.
- ¡Estás exagerando! — Gatillo al aire nuevamente.
- ¡Deja de disparar! ¡Me vas a dar de verdad!
- ¡Madrugué por tu culpa! ¡Lo vas a pagar! — Sigo disparando a los costados.
- ¡Basta! ¡Ya entendí! ¡Desquiciado!
- ¡Te vas a arrepentir! — Los tiros se multiplican con los ecos que van y vienen en el vacío de la carretera.
- ¡Estás desvariando! ¿Perdiste las tuercas en el camino?
- Sí, y ahora te dejaré el trasero cubierto de plomo... — En la zona sólo se aprecia tamaña balacera cuando llegan los aficionados a la caza provenientes de la ciudad, o en alguna serie de televisión norteamericana.
- ¡Perturbado! ¡Cálmate!
- ¡No quiero calmarme! ¡Marmota descerebrada!
- ¡Vamos a casa! ¡Desayunaremos chocolate con churros!
- ¡Nada! ¡Quedarás durmiendo en el cementerio! — Las ráfagas continúan una tras otra.
- ¡Te apareceré por las noches! ¡Tendrás pesadillas! ¡Ya verás!
- ¡No te van a quedar ganas! — Cargo de nuevo y sigo disparando, mientras suena a lo lejos la sirena de la policía.
- ¡Está bien! ¡Nos van a detener! ¡Vámonos ya!



Paúl Núñez

El origen del reino de las orquídeas

Abraham Aguilar

El martes que fue al mercado, como de costumbre, Diana pasó por un puesto de plantas que nunca había visto. Para nadie de su familia era un secreto que le gustaba tener su casa llena de verdor. Aquel puesto era atendido por un hombre anciano de rostro pálido y mirada profunda; parecía enfermo de algún padecimiento que lo estaba dejando poco a poco sin carne en los huesos y con la piel opaca. Casi mecánicamente, Diana se acercó a ver la variedad de plantas que el anciano ofertaba: camelinas, malvas, geranios, rosales, cactus variados y raras orquídeas violáceas que nunca había visto. Algunas de ellas supuraban un cristalino líquido viscoso que manchaba la mesa donde estaban expuestas.

—Esas orquídeas vienen de la sierra michoacana, mis hijos me las traen de allá. Son muy raras de encontrar —comentó el hombre con voz profunda y seca, como la que tendría un muerto si pudiese hablar—. Llévase una, marchantita, son las últimas que me quedan y por eso se la pienso dejar baratita.

—¿Y en cuánto me la deja, oiga?

—Cien pesos —Realmente era una gran oferta; en otros sitios había visto orquídeas hasta en más de dos mil pesos. En su casa ya tenía otras dos, una blanca que parecía una mariposa recién nacida y otra rosada, mucho más pequeña, que casi no crecía a pesar de que le suministraba los cuidados necesarios. Diana las miró todas y, finalmente, eligió la que parecía más grande y más colorida: sus tallos delgados culminaban en extraños pétalos violetas que asemejaban algún animal marino de largos y delicados tentáculos. Cuando llegó a casa, Diana la puso en el centro de su mesa de manera provisional. “¡Qué chula!”, pensó. Después le encontraría un mejor sitio dentro de su jardín cubierto por helechos y enredaderas. A las pocas horas, la planta empezó a inundar toda la casa con un embriagante olor dulzón.

—¿A qué huele?, ¿con qué trapeaste el suelo? —preguntó Luisa, la hija de Diana, cuando llegó de la escuela. El aroma le causaba un raro picor en las narices y en la garganta.

—¡Creo que viene de mi orquídea! —dijo la madre, orgullosa, señalando a la planta sobre su mesa. Gracias a la luz solar que se colaba por la ventana, parecía que la orquídea emitía brillo propio e, incluso, era perceptible un leve palpar en sus pétalos, como el corazón de una extraña criatura moribunda—. Nunca antes habíamos tenido una flor tan aromática, ¿verdad? ¡La compré en el mercado, baratísima, por cierto! —confesó Diana con emoción—. Aún me hace falta conseguirle un lugar en el jardín, al lado de las otras orquídeas.

Su hija la ignoró y se sentó a la mesa, observando a detalle la planta que tenía frente a su cara. El resto del día se la pasaron rodeadas de aquel aroma que, poco a poco, perfumaba otras zonas de la casa. Desde la entrada principal hasta el baño del fondo llegaba aquel inusual olor nunca antes percibido por las narices de las mujeres. Si ambas hubieran tenido vista microscópica, habrían notado los millares de pequeñas esporas de polen de la orquídea que volaban por toda la casa, como meteoros deslizándose en basto un universo.

Las partículas de polen no solo tapizaban el suelo y los muebles, también se metían a las narices de las mujeres y se incrustaban en sus pulmones; llegaban a sus retinas e invadían los vasos capilares, intentando meterse a sus venas; las esporas también se enredaban en sus cabellos y se implantaban en sus pieles, como extraños parásitos o huevecillos a punto de eclosionar.

Esa misma noche, el aroma se intensificó tanto que despertó a Diana, quien además se sentía un poco mareada y sedienta. Minutos antes había estado soñando con el cadáver de su marido cubierto por extrañas flores púrpuras. La pesadilla le evocó a Diana el funeral de su esposo, sucedido hacía más de dos años, luego de su muerte tras un asalto a mano armada en el microbús. Soñar aquella escena le provocó un nudo en la garganta. Lloró un poco tras el mal sueño y decidió ir a la cocina a tomar un poco de agua, sobre todo para alejar la sensación de ahogo que llegaba desde sus entrañas. Allí, sobre la mesa, apareció la orquídea que extrañamente había consumido toda el agua de su florero.

—¿¡Tú también tenías mucha sed, eh!? —dijo Diana, extrañada.

Al servirse agua en el vaso, la mujer notó algo raro en sus manos: pequeñas protuberancias verdes nacían de sus dedos. “¿Me estoy volviendo loca?” se preguntó. Cuando enfocó más la vista, se percató que en las uñas tenía diminutas ramas moviéndose lentamente, como si un viento sobrenatural las agitara. Los retoños avanzaban por sus dedos, corrían por sus brazos y se internaban en sus axilas; en la espalda florecían pequeños botones puntiagudos de un color purpúreo. Asustada, se quitó la blusa y observó su torso: más de esas ramificaciones salían de su ombligo y avanzaban hasta sus pechos. Al quitarse el pantalón, vio que las ramas que crecían en sus piernas eran un poco más gruesas y parecían brotar de su vientre.

Diana pegó un grito que sonó por toda la casa y empezó a arrancarse los tallos del pecho, pero era doloroso cada que lo hacía y sangre brotaba de sus heridas. Presa del pánico, intentó correr y llamar a Luisa, pero la presión sanguínea se elevó debido al susto y comenzó a marearse. La desesperación y el vértigo la devoraban. Decidió ir a su habitación pero, al cruzar la puerta, no pudo más y cayó al suelo, inconsciente.

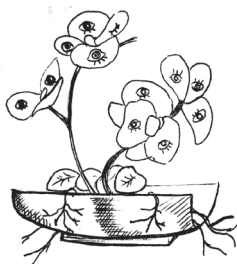
Por la mañana, la alarma de Luisa sonó como todos los días. Antes de ponerse el uniforme escolar, notó el picante aroma de la orquídea invadiendo su habitación; se preguntó si el hedor estaría allí para siempre. Bajó a la cocina y distinguió que la orquídea había crecido mucho más: sus raíces, incluso, habían roto el florero cuyos restos estaban esparcidos por todo el suelo. Su madre no estaba allí, lo que era inusual, pues ella la acompañaba a desayunar antes de partir a la escuela. Fue al cuarto de Diana y tocó varias veces; como nadie respondió, decidió entrar. La puerta parecía atorada y tuvo que empujarla con fuerza para poder ingresar.

Lo que encontró adentro la dejó absorta: había miles de gruesas ramas trepando por las paredes, colgando del techo como lianas e intentando salir por las ventanas, directo a la luz solar. Aquello parecía una rara extensión de la selva en su casa; incluso la misma puerta había estado atorada con tanto follaje crecido. A pocos metros de la cama, se hallaba un palpitante ser en forma de crisálida, tapizado de orquídeas color violeta, que parecía ser el origen de todo aquel jardín. Tenía pétalos que latían y secretaban un líquido cristalino y viscoso. Pudo distinguir, en el centro de la crisálida, lo que parecía una redonda boca respirando entrecortadamente, de allí salía un débil brillo amarillento que

no se parecía a ningún otro color de la Tierra; además, poseía una docena de pétalos con ojos pequeños, cuyas miradas se encontraban sobre Luisa.

—¡Iiii-jjjjj-ah! —bramó el ser con una voz nada humana.

De inmediato, aquella cosa repugnante intentó moverse, despegarse de su lugar y alcanzar a Luisa con sus protuberancias pegajosas. Intentando escapar, la muchacha emitió un grito ahogado antes de caer de bruces. Ya en el suelo, sin poder levantarse, observó sus manos: pequeñas hojas color violeta empezaban a salir de sus dedos y unos tallos se internaban en sus brazos.



Paúl Núñez

Gemínidas

Yohana Anaya Ruiz

*Se trata de la lluvia de estrellas
más esperada del año
por su intensidad y su belleza.*

A Alejandro, por inspirarme.

Cierro los ojos y dejo que el silencio me hipnotice hasta el punto de ser devorado por el cansancio. Todo está bajo control en la oscuridad de la noche y pronto mi respiración baila al compás de los primeros sueños que se crean en mi mente.

Parpadeo y aparece la cara oculta de la luna. Parpadeo y se abren ante mí todos los mapas que me gustaría recorrer con los pies descalzos. Parpadeo. Vuelvo a parpadear. Nada. Vacío. Intento despertarme, pero mi cuerpo no me obedece. Parpadeo y me falta el aire.

Siento que hay un tornado en mi pecho y golpeo con fuerza todas las sombras que me impiden seguir soñando. Uso mis pies para eliminar todos los puntos negros, pero apenas los distingo entre tanta oscuridad. El frío atraviesa mis heridas y abraza mis huesos, pero sigo golpeando. Y, tras sentir que mis pies se convierten en lava, abro los ojos.

Me quito la manta y, antes de encender la luz, me fijo en la pared: ya no tengo que temer a la oscuridad. Mis miedos se han convertido en estrellas fugaces dibujadas con la sangre de mis pies. Una constelación ha nacido en mi habitación.



Nunca viniste

Aixa Valfiguer

Te esperé bajo el cielo estrellado, y mientras soñaba despierta contigo, mis manos sentían el pasto recién cortado. Era realmente tarde, tú volvías de un viaje de trabajo. Decías estar impaciente por verme, abrazarme y besarme bajo el cielo iluminado de la ciudad. Te esperé durante horas. Al principio no me importaba pues, la puntualidad nunca fue tu fuerte. Todavía recuerdo cuando llegaste cuatro horas tarde y te disculpaste tres días sin cesar. Recuerdo, también, cómo me lo recompensaste. Nunca me molestó.

Te seguí esperando mientras la brisa arceciaba y la temperatura bajaba. Fui precavida y llevé una chaqueta pero pensé que serías tú quien me la pondría... Quise observar el móvil pero no lo llevé, estaba tan emocionada de verte al fin que se me olvidó sobre la cama. Si lo hubiera llevado, habría cambiado todo. Soy tonta, lo sé, tanto como olvidadiza. Siempre me he dejado llevar por las emociones. Pasaron tres, cinco, siete horas... nada. De un momento a otro, mi expresión cambió, casi ni me percaté. Otra vez, como siempre, me habías dejado plantada.

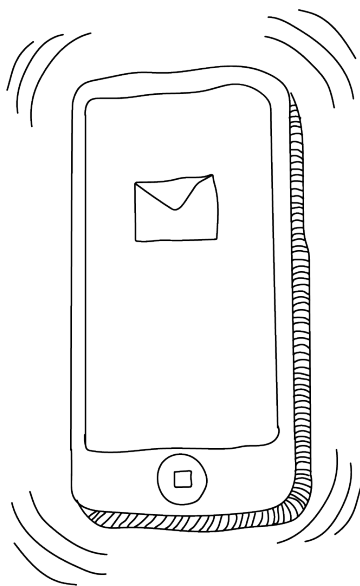
Estaba triste, no cumpliste tu promesa: no aparecías. Comencé a llorar; no sé si por pena, por culpa o quizás por rabia, pero uno de esos sentimientos era el que me embargaba el cuerpo y me quemaba la piel. Ya no necesitaba la chaqueta. No podía impedir que aquellas osadas gotas de agua salada, pertenecientes a una estúpida, cayeran libremente por mis mejillas. Y aun así te seguí esperando. Ya no para hablar contigo ni para perderme en tus gestos o ahogarme en tus ojos, hipnotizarme por ti, sino para poder odiarte y hacerlo palpable, real. Quería tener la oportunidad de despreciarte: a ti, no a mi idea de ti; de mirarte a los ojos y contemplar tu perdón, e ignorar tus disculpas y despecharte y decirte a la cara que no te volvería a ver jamás, pues todavía, ingenua de mí, conservaba la esperanza de que vinieses. Nunca lo hiciste... Siempre te perdonaba porque te quise... y aún te amo.

Las estrellas se escondieron ante la imponente luz del sol que ya asomaba en el cielo. La gente iba y venía en aquella plaza: asustada, apresurada, desesperada. Sabía en mis adentros, muy a mi pesar, que alguna desgracia había ocurrido o estaba ocurriendo en ese momento pero, ya sabes, ¡eso pasaba constantemente! Así que yo, tan egoísta como siempre, no le di importancia, pues en lo único que pensaba era en ti, amor mío. Yo estaba allí, empapada de rocío y de lágrimas, sentada en aquel parque donde nos conocimos, esperándote, sola, observando impasible como la multitud se agolpaba frente a los escaparates de aquella tienda de televisores. También escuchaba cómo querían volver a sus casas. Harta de mi cruce de brazos y piernas, de mi ceño fruncido y del alboroto y griterío de la plaza, decidí volver. Mi cuerpo pesaba, mi cabeza palpitaba y mi corazón dolía, pero nadie lo notaba.

Apenas había llegado a casa cuando mis oídos reconocieron aquel dulce y desagradable sonido que provenía de mi móvil: tu tono de llamada. No sabía qué hacer: podía responderte y confesarte cuánto te odiaba en ese momento; o podía dejar que sonase, tal como estaba ocurriendo en ese momento. Entonces lo cogí. Lo cogí y ahora desearía no haberlo hecho. Nunca

pensé que apretar un botón pudiera causarme tantos males. Dirigi aquel aparato hacia mi oído y me digné a abrir la boca para malgastar unos minutos de mi vida en reprochar años de la tuya pero fui incapaz de hablar, y en vez de eso, escuché su voz. Sí, su voz; no la tuya. Me preguntó mi identidad, me preguntó mi relación contigo. Yo no le hice caso. “Una broma de tan mal gusto que solo podía ser tuya”, pensé para poder odiarte aún más. Todavía necesitaba razones para hacerlo...

Después leí tu mensaje, el último, aquel que me habías mandado a las tres de la mañana: llegarías tan tarde que cancelaste la cita. Tenías que madrugar para el trabajo. Entonces encendí la televisión. Debí haber vuelto a casa, debí haberme acercado al alboroto, haber oído las noticias... Ese día se me olvidó llevar el móvil, igual que se me olvidó que siempre cogías aquel tren.



Yo le advertí al arquí

Emmanuel Bonilla

Yo le advertí al arquí. Le dije: «Mai, su niño es muy inquieto, corre pa todos lados y pues ahí está la cimbra, las varillas, la mezcla; yo nomás le aviso». Caso que me hizo. Nomás le grita al escuinlito: «no corras tanto, beibi, no te vayas al hoyo de allá, anda con cuidado». Ya nos oliamos todos lo que iba a pasar. Es una obra grande, somos como veinte dándole al martillo, a la pala y duro en el sube y baja de las rampas que hacemos con las maderas. Vamos bien cargados con los botes llenos de mezcla, y pues uno agarra ritmo: el chalán me llena el bote, una columpiada entre las piernas y ¡jum!, pa arriba del hombro, pura maña, y a subirse los tres pisos para echar la colada. Mucho equilibrio, no cualquiera, la mera verdad.

Va a ser un edificio grande. Estas empresas no se andan con cositas. La paga no es mala, aunque, ya sabemos, la parte buena, la jugosa, se la lleva el arquí junto al ingeniebro. Les pagan diez veces más por hacer dibujitos. Ni modo, jodido que es el mundo, qué se le va hacer.

La cosa es que todo iba bien. Tres, cuatro meses, sin quejas. A gusto, mano, como en cualquier otra obra en las que he estado. Casi veinte años en este oficio, apoco no voy a saber de esto. Todo se complicó cuando llegó la vieja del arquí. Clásica señorona regia con su camionetota. Yo apuesto que nunca ha cargado nada atrás, pero cada quién. El problema fue que desde el principio interrumpió el bisne. Llega y se estaciona en el mero paso hormiga entre el camión de materiales y la subida al edificio. Estamos haciendo fila para pasar los bloques y pues, como la doña venía enojada, le valió puro chorizo cuando se le pidió que moviera su troca. «El arquitecto, ¿dónde está?», nos decía. «Oye tú», y que volteo, «tú, el de la gorra de los pumas, ¿tu jefe dónde está?». Le iba a dar el avión, pero pues, me calentó y fui con ella: «Mi jefe ya murió, doña, ya sólo me queda mi jefecita, ya va a cumplir noventa y dos». Abrió los ojotes y me alzó las cejas, ya saben, como si fuera yo un bicho mugroso: «Me refiero al arquitecto, señor». «Ah, el arquí Zúñiga llega más tarde, a eso de las nueve y media».

Se sentó a esperarlo. Ya ni le dijimos nada, nomás se nos quedaba viendo, y nosotros cargados de bloques, sacándole la vuelta a su camionetota, haciéndonos trabajar doble. Y para colmo veía el reloj.

Llegó el arquí, se metieron a un cuartito que después vamos a tirar para construir otro más grande, y ahí discutieron como una hora. Nomás se escuchaba que ella se iba pa San Pedro, que no se podía llevar al niño, que era responsabilidad suya, cosas así. Y el arquíputo apenas si le contestaba: «Sí, cariño, pero no puedo tenerlo aquí». «No es mi problema, yo también tengo mi profesión», decía ella bien encabronada. Total, para no hacerla larga, al otro día ya estaba el chamaquito aquí dando lata.

«Me llamo Kevin», me dijo. Yo venía cargando seis bloques, de los grandes, e intentaba llevarlos a la pila. El cabrón se me puso enfrente. Yo quería decirle: «Hazte a la verga, pinche chamaco». Pero me contuve. Al fin y al cabo, era el heredero del que hace los dibujitos. «¿Me dejas pasar? No te vaya, yo, a tirar un tabique encima».

Otro día se me acercó el mono, cuando estaba comiendo en el descanso y que me dice: «Por qué hueles tan feo». Me dio vergüenza. El Pulkas, que no es más que un chalán nalgas miadas, hasta se rió de mí.

La otra vez lo tuve que jalar bien machín del brazo porque el menso ya se estaba cayendo en el cimient: pinche hoyote de dos metros, está lleno de varillas pelonas. Y como agradecimiento el Kevin se puso a chillar bien recio y me acusó con el arquí, disque yo le había pegado.

Con todos tiene sus historias: al eléctrico le escondió sus pinzas; al Pelos, que estaba haciendo el aplanado de la entrada, le agarró la espátula; corre como loco cuando están soldando y se le queda viendo a la llama: «Arquí, su hijo se va a quedar ciego, cuidelo», medio que entiende y se lo lleva al cuartito, pero empieza a llorar y va de nuez, a joder a todos.

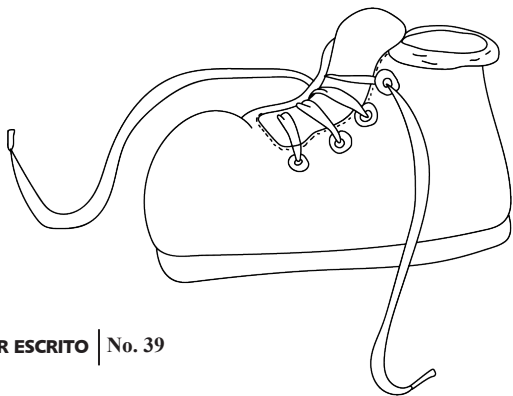
Ya hasta tiene su apodo, es el Kevinchingas.

Y pues pasó la cosa. El niño se subió gateando hasta el segundo piso. Nadie lo vio, pero yo digo que fue a cuatro patas, ya saben cómo. Después de comernos una carnita asada que pusimos en la tapa del tambo, con sus frijolitos, chilitos y hartas tortillas, llegó otro camión de materiales, y a descargar, como siempre. El Meneses se cargó una puerta en la espalda. Ya arriba que gira y ¡pum! que se lo lleva de encuentro al Kevin y salió volando como caricatura, hasta agitó las patitas. Y ¡Zaz! sobre las tablas. Fue lo que lo salvó, si se hubiera ido al suelo seco, yo creo, ya estaríamos en el velorio.

Y el arquí corriendo con toda la cara paniqueada. Se le dijo, se le volvió a decir, se le redijo y, al cabrón, le valió madre. Dicen que se le zafó el bracito, que se cortó la mano y está mocho, que todo el hocico se le quedó floreado. Yo la veá ni me fijé. Me quedé tieso, todo cagado. Me pasó en chinga: putazo, ambulancia, y todos pa' su casa. Lo único que tengo claro es que aún respira, pues, y mejor ya ni le muevo, no vaya a creer el arquí que tengo alguna culpa.

Una semana después la mamá apareció. Otra actitud, orilló su camioneta donde no estorbara, y le bajó de huevos. Abrazadita al arquí mientras él le explicaba de dónde se había caído el Kevin.

La verdad, a todos nos dolió el santo madrazo que se puso el Kevin. Ni culpa tuvo, la veá.



Para Claudia

Ana Sofía Fischl Gallardo

El día en el que encontraron tu cuerpo se cayó el firmamento, las estrellas desaparecieron y la lluvia se desplomó a manera de una tormenta que inundó la colonia e hizo retumbar las paredes de tu apartamento. El fin de semana previo a tu partida, prometía unos días calurosos y llenos de sol. Pero no fue así. Tu madre miraba por la ventana, conteniendo sus lágrimas. *“Hasta el cielo llora por mi hija”*, comentó.

No creo que las nubes supieran qué estaba pasando y, sostengo con firmeza, que eras tú la que sollozaba; viéndonos desde arriba mientras vestían tu cadáver. Confundida, triste, frustrada. *“De blanco, mi niña tiene que irse de blanco”*, suspiraba tu mamá. Mi hermana maquilló tu rostro, puso un toque de amor y cariño en cada trazo, mientras lágrimas resbalaban suavemente su tez. Yo me quedé en la sala mirando al vacío que puede ser una pared blanca cuando los sentidos están abrumados. No me atreví a ver tu cuerpo, la entrada a tu cuarto parecía tener un campo magnético que rechazaba mi entrar. Fui una cobarde. No me despedí. No te di un último adiós, un último beso, un último *“te quiero”*. Quizás por eso tu muerte aún me parece irreal, producto de un mal sueño, una puerta en mi inconsciente que esconde una terrible verdad. Tal vez por eso sostengo día tras día que un mensaje tuyo llegará.

Los gritos ahogados de tu hija de apenas veinte años siguen estallando en mi mente, plantaron bombas de emociones que suenan como una canción que se repite una y otra vez hasta que logro callar las voces por completo. *“Se me fue mi mamá, se me fue mi mamá”*. Si esos alaridos hicieron lo que hicieron de mí, no quisiera imaginar lo que los rugidos de tu niña al encontrarte sin vida en el piso hubieran desatado. Ahora, cuelga un sensible collar con tus restos en su cuello.

Tienes dos urnas, una pertenece a la iglesia, la otra reposa en la casa de tu madre. La están matando, quieren llevarla contigo a un reencuentro en el más allá, cenizas que están esperando a ser vertidas en un árbol, alimentando a una nueva vida. Descansas entre fotos tuyas y veladoras que nunca se apagan. Tus brazos y piernas pronto serán ramas y hojas y frutos, un ecosistema en sí que espero cubran con luces navideñas, pues amabas la Navidad.

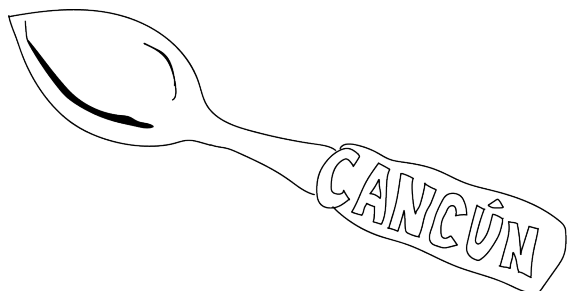
Mientras tanto, tu hermana sigue en negación. *“Ella y yo teníamos que llegar a la vejez juntas y ahora estoy sola. Sola. Sola. Sola. Esto no es cierto. No lo acepto. No puede ser. No.”*, murmuraba mientras sostenía el décimo cigarro de esa hora entre sus dedos. Su abrazo el día de la imposición de tus cenizas se sintió agresivo, como si enterrar sus frágiles uñas en la piel de los asistentes de la misa podrían traerte de vuelta. Como si quisiera sentir que lo que toca es real porque nada de esto debería de estar pasando. No ahora. No nunca.

Por mi lado, he de prender una vela por las noches, hablando a la nada, deseando que puedas escucharme. A veces no sé si estoy perdiendo la cabeza, pues imagino tus respuestas en mi mente, y contesto en voz alta. ¿Sabes? rescaté la cuchara de tu apartamento, esa que robé para tí en nuestro viaje a Cancún. Una de esas cucharas alargadas que usabas para hacerte tu leche con chocolate todas las noches. “Chingatela, andale, chingatela” me dijiste, mientras envolvías la cuchara en una servilleta del restaurante donde comíamos. La metí en mi mochila con tanta agilidad que no creo que nadie nos hubiera visto. Por meses juraste que nunca fuiste la incitante de ese crimen, “Te voy a decir Cleo por cleptómana, yo nunca te dije que te la robaras, fueron las voces de tu cabeza”, te burlabas. Pero la última vez que nos vimos, entre guiños, me confesaste a mí, y solo a mí, que sí habías sido tú la que me instigó a tal locura. Ahora el artefacto hurtado reposa bajo mi almohada, me lleva a soñar, a ratos estás ahí, asomándote y sonriendo como si nada hubiera pasado.

Tu muerte nos afectó a todos, Claudia. Fue una grosería inesperada que la vida misma nos jugó. Cartas mal tiradas en un juego de póker que nos privó de cordura. Nadie se ha podido recuperar, no del todo. Y dudo que algún día se vuelva a sentir normal con tu ausencia. Mi mamá y mi hermana lloran juntas, yo prefiero hacerlo en el silencio de mi cuarto porque si derramo lágrimas significa que estoy triste, y si estoy triste, significa que es real. Y no quiero que sea real.

Tu vida fue mucho más que el trauma de tu muerte. Tu vida fue risas, chistes, palabras altisonantes que te sabían a gloria, chismes, consejos de madre, burlas, cucharas robadas, momentos brillantes, historias contadas, cantos desafinados en Navidad y Año Nuevo, abrazos sinceros y “te quiero” de corazón. Las palabras no le van a hacer justicia a lo que fuiste pero palabras es lo único que tengo por ahora, junto con la promesa de nunca olvidarte y siempre honrarte.

Hasta pronto, tía Clau, esperamos donde sea que estés.



El maravilloso poder de la ilusión

Cecilia Durán Mena

“La oscuridad no me es extraña”

B.T. Barnum en la película “El gran showman”

1.

Mis sueños son extraños. Hay los que son recurrentes. En especial, ese en el que todo está oscuro. Se enciende una luz, en realidad es un halo circular que ilumina una especie de estrado oval, un escalón ovoide de colores brillantes que está en medio de tres pistas. Apenas se distingue un techo de lona, como una velaría y de ahí penden un trapecio y un trampolín. Pero, no hay red para la cuerda floja. Ninguno de esos artefactos es para mí, lo que sí es mío es el escalón ovoide que tiene mi nombre inscrito. Hay un magnetismo que me jala y me invita a subir. Siento frío y la piel se me pone de gallina. Cuando ocupo ese lugar, despierto.

2.

El día había empezado temprano. Citas desde las ocho de la mañana. Llegó como cowboy americano: rayando el caballo. Hecha nudos entre la bolsa, el portafolios con la computadora, el estuche de los lentes, el vaso de cartón del café. Abrió la puerta con una torción para poder girar el pomo con la mano en la que traía menos cosas. No hubo nadie que le ayudara, a esas horas sólo ella estaba ahí. Antes de encender la luz de la oficina, repasa las citas que tendrá a lo largo del día. Abre la libreta de pasta dura, forrada de cuero a la que le mandó grabar la frase: algo grande. Es un recordatorio. La cotidianidad es cruel y cualquiera se puede perder. Es muy sencillo extraviar el rumbo. Ella está segura de que está haciendo algo grande.

3.

Otros sueños son únicos, no se repiten. Ayer, mientras dormía, aparecieron las imágenes de varias plumas de pavorreal y sus ojos me vigilaban. Se abrían y cerraban tan lento, como si no tuvieran intención de dejar de verme; como si verme les doliera. Eso me dio mucha ternura.

4.

Justo se acababa de sentar cuando escucha el timbre, era su primera cita, imaginó. Mira el reloj para cerciorarse y sí, aún faltaban cinco minutos. Escucha entrar a la recepcionista y anunciar el nombre. Por alguna extraña razón, la mujer que toma asiento frente a ella la inquieta. No es la cabellera tan rizada ni los labios tan embandernados de carmín. Son sus ojos.

Puedo ser tu adivina, tomar la bola de cristal y ver el futuro, imagina que le dice. En realidad, viene a solicitar el puesto de analista financiero. Le cuenta sobre tasas de interés, estados de resultados, márgenes de utilidad, índices y pronósticos. Por instantes, su figura se desmaterializa y nada más quedan ese par de ojos que le recuerdan las plumas de pavorreal. Tengo mucha experiencia y mucha necesidad. Gracias, nosotros nos comunicamos, le dice. Puedo ser tu adivina, por favor, déjame ser tu adivina. La ve salir en silencio, con la postura jorobada.

5.

Hay noches que no puedo entender lo que estoy soñando. El otro día soñé con una boca enorme y carnosa. Era sólo eso, labios y ya, suspendidos en el vacío. Ni están adosados a una cara ni hay nada que los sostenga. Al principio, estaban

quietos y luego se abrían y cerraban para mostrarme su interior: primero un cerdo, luego un martini, por último, un teléfono.

6.

El aparato telefónico del despacho empezó a sonar tan pronto salió la candidata al puesto de analista financiero. La recepcionista anuncia al señor Ragoza, es el líder sindical. Revisa su libreta. No lo tiene anotado. No lo quiere ver. Tiene que recibirlo. Entra con la boca torcida y las manos en los bolsillos del pantalón. Los botones de la camisa están a punto de estallar, pero el saco le queda grande. Da la impresión de que va tirando polvo a su paso. Huele a humedad, tiene las manos cenicientas, los dientes tan separados son amarillos. Se miran con desprecio, son viejos conocidos. Le habla de sus pretensiones. Ella lo ve para abajo.

Él la contempla, suspira y quisiera darle un beso. Si supiera lo que le inspira se le desinflaría esa actitud de hombre fuerte. Para ella no es más que uno de esos bravucones que dice que eleva el peso de dos elefantes en cada brazo, sin darse cuenta de que, si lo llega a hacer, se trata de paquidermos de hule.

7.

Son muchas las ocasiones en que no recuerdo lo que soñé. Pero, cuando me despierto en la madrugada, con esa sensación de asfixia, entonces sí me acuerdo. Esa vez, desperté a las tres de la mañana. Sentí que estaba detrás de una cortina de terciopelo que se elevaba en forma lenta, como si tuviera flojera. Un rayo de luz vencía la penumbra. Era tan brillante que no me dejaba ver lo que había frente a mí, pero creí que era un escenario. Los dientes me estaban castañeteando, tal vez por eso desperté.

8.

Cristina apoyó los antebrazos en la cubierta del escritorio, llevó la cabeza a un lado y al otro, como si quisiera tocar cada hombro con las orejas hasta que le truena el cuello. En esos segundos, cuando está sola en su cubículo, en silencio siente una punzada que sube desde el coxis hasta la coronilla al pensar en todo lo que tiene que hacer. Algo grande. Está convencida de que está llamada a ser algo grande. La salud es algo grande. La familia es algo grande. Entrelaza los dedos de las manos, estira los brazos y como si alguien la jalara con fuerza, se pone de pie. Tira las faldas de la bata tan blanca, se acomoda el estetoscopio y el cubrebocas antes de abrir la puerta. Deja las labores administrativas que tanto le disgustan y va rumbo a su consultorio. Eso es lo que la hace sentir plena.

En aquella primera cita, recibió a un hombre enorme, más que alto ancho, redondo. Su mirada era triste y como todos los que llegan con ella, estaba asustado. Es curioso como todos le temen a un artefacto tan pequeño y puntiagudo. Baluceó algo como buenos días. Trata de adivinar lo que los años le quitaron y lo que le añadieron. Seguro fue guapo, pero los párpados ya están muy papujados, la piel muy fofa, los músculos muy debilitados. El que fue un hombre bala, hoy se mueve lento, arrastrando los pies, como si estuviera jalando la cobija del tiempo.

9.

La voz de un cerdo color de rosa me dice: Los seres humanos tienen un poder único que les es exclusivo y que les diferencia de los demás seres del mundo animal y vegetal y que les separa de lo que las máquinas difícilmente lograrán hacer: ilusionarse. Eso me da envidia, dice y eleva la pezuña para dar énfasis a sus palabras. Ustedes pueden hacer uso del maravilloso poder de la ilusión. La magia de entrar en el terreno de la ilusión se logra a través de la imaginación.

Tal como lo dijo William Shakespeare en las primeras palabras de Enrique V: “tenemos que valernos de la imaginación de nuestras audiencias”.

10.

Tanto por hacer, Cristina escucha a la mujer que está sentada en la mesa de auscultación. Mire, le dice: siento un bulto pesado en la garganta y, aunque dormí bien, no siento haber amanecido energizada. Me parece que soy como esos autos viejos a los que hay que encender varias veces porque a la primera no arrancan. ¿Me entiende, doctora? Sí, se explica bien. Lógico, el hombre bala que duerme a su lado, ronca a altos decibeles y a pierna suelta. Se queja de su esposo. Es muy frecuente escuchar ese tipo de lamentos. Siempre me maquillo en penumbras para no molestar al marido. Se ve que el reflejo poco claro la llevó a elegir un tono muy rojo para los labios, unos polvos demasiado claros para su tono de piel y una sombra muy oscura en los párpados. Nada más le falta una nariz de plástico y un clavel en la solapa. Ahora hace chistes sobre su marido. No, no puede ser.

11.

El *show* estaba a punto de comenzar. Era Hugh Jackman, qué rico. Su abrazo era tan agradable. Lo vi como B.T. Barnum, no como Wolverine ni como Jean Valjean. La oscuridad no me es extraña, dijo y me besó. Esa sí que es una forma de despertar.

12.

Ha concluido la jornada laboral. Está hecha polvo. No sé si me faltan horas de sueño o si necesito más energía, pero las cosas más simples se vuelven una complejidad, piensa. Siente que se tropieza con sus propios pasos. Es como si eligiera enterrarse un tenedor en el muslo cada día. Me gustaría comer mejor, descansar más y dormir mucho. Imposible. No, no sé porque mis momentos de descanso se llenan de actividades que no me permiten tener un momento de respiro. A veces creo que mi tiempo libre es como una herida que apenas se abre, se inunda de sangre. Idéntico. Bueno, preferible estar cansada que aburrida.

13.

En ocasiones, los sueños se fragmentan y cada pedazo se continua en diferentes noches. Ahora Hugh Jackman sale de entre un banco de nubes. Saca el uniforme del clóset: un blazer de amplias solapas, un chaleco brillante, una camisa blanca, una corbata de pajarita. Me viste lentamente, hace el nudo del corbatín. Me invita a mirarme al espejo. Echo los hombros para atrás, abro el pecho, sonrío y le susurró al oído las palabras: “Si la gente creyera lo que hago en el escenario, no aplaudiría, sino que gritaría”. Él hace los gestos de B.T. Barnum en la película. ¡Chist, no hagas ruido! Perdón, me callo.

14.

Se acaba el día, es el momento de volver a casa. Se calza unas botas altas y con pasos cuidadosos se dirige a la puerta. No te olvides de pasar a la Compañía de Luz para pedir el comprobante correcto, el que llegó está mal. La voz cavernosa que emerge de entre los recuerdos matinales sigue dictando una serie de pendientes que Cristina debe de cumplir y que no le dio tiempo de hacer. Anótalos para que no se te olviden. Cierra la puerta al salir y no dejes la puerta principal sin doble llave. Eso fue hace doce horas, cuarenta y ocho o toda la vida. No tiene tiempo para hacer tanto, se dice y siempre lo termina haciendo. Eleva los hombros. Ya será para mañana. Siente que se pierde en la oscuridad.

15.

¡Qué curioso! Lo único que soñé fue que cayó el telón.

Blanca

María Elena Sarmiento

León se impresionó al ver su reflejo en la ventana. ¿Por qué siempre terminaba obedeciendo a su mujer?

Soltó un rugido mientras se pasaba la mano por su cabello corto, bien peinado. Nada más faltaba que se lo hubiera dejado engominar como quería el estilista. Gel, spray, unas gotitas de aceite. Nada de eso iba con él.

Qué engañoso resultaba que su esposa se llamara Blanca. Era más bien como Dalila, que le había quitado el poder –y el cabello– a Sansón. Así, igualito que al hombre fuerte de los mitos, en un descuido Blanca lo había despojado de su melena.

¿A quién le importaba parecer respetable? Había sido muy feliz con la barba crecida y la greña alborotada. Sí, aunque no se hubiera dado cuenta hasta ese momento, antes se sentía el rey de la selva. ¿En qué se convertiría ahora que era gente decente?

Se rio de sí mismo. Por su nombre, siempre se había sentido el gran felino, pero ¿no era más bien Tarzán el rey de la selva? ¿Chango o león? Bueno, ya no valía la pena hacerse esas preguntas. Con el pelo corto no se veía tan mal en realidad. Era cuestión de encontrar en sí mismo una nueva personalidad, vocalizó en distintos tonos de voz. Tenía la oportunidad de reinventarse.

Le encantaba que Blanca lo obligara a probar nuevas cosas. Total, si no quedaba conforme con el cambio, el cabello siempre volvía a crecer.

¿Qué era lo que todavía lo tenía enamorado de su mujer? Era fuerte y empoderada. Independiente. Qué raro. Antes de conocerla, le gustaban dóciles, dulces y tiernas. Bueno, es que Blanca parecía inofensiva: chaparrita, sonriente y de pocas palabras. Seguía estando guapa aún después de los veinte años que llevaban casados.

Además, había metido en cintura a los hijos que él había tenido antes, los de su primer matrimonio. Casi siempre usaba con ellos la dulzura, aunque a veces era muy dura con todos. De una forma u otra, los tenía comiendo de la palma de su mano.

Me dejé domesticar, pensó León con tristeza. ¿Dónde quedó el aventurero que recorría el mundo como si fuera el dueño? ¿De verdad ya no pensaba buscar nuevas presas?

–Amor –cantó la mujer–. Ven.

El marido dejó sus cavilaciones para ir con ella. Blanca lo recibió con una gran sonrisa y a él se le quitó el resquemor, fruto de sus pensamientos. La sonrisa era más poderosa que el látigo.



Para ella eres un pobre...

Juan Antonio Díaz Becerra

“...payasito. La haces sonreír si triste está. Escondes tu penar en el fondo de ti para que no te vea llorar...”

No hablo de una aventura amorosa específica, sino me refiero a mi vida en general. He tenido que esconder mis verdaderos sentimientos, mi tristeza y mis pesares dibujando una eterna sonrisa como si fuera un auténtico bufón de este siglo.

Cuando era pequeño no se acostumbraba a llevar a un chico inquieto al psicólogo o al psiquiatra para determinar si tenía déficit de atención con hiperactividad, lo que de seguro me hubiera diagnosticado un doctor, aunque no fuera experto en la materia. Así es que mis padres sólo me consideraron como un chamaco extremadamente latoso que a punto de cinturonzos, jaladas de orejas y reglazos, tenían que domar.

A pesar de sus enormes esfuerzos, nunca pudieron conmigo. Los años pasaron con rapidez y no logré aprender a quedarme quieto por más de diez minutos, sentía unas enormes ansias por estar haciendo cosas, muchas de las cuales no tenían sentido ni razón, por ejemplo, barrer la calle sin importar que ya la muchacha de servicio lo hubiera hecho con sumo esmero.

Quizá por iluminación divina o porque no recibieron una respuesta de san Juditas, los chingadazos desaparecieron por arte de magia y mis padres se conformaron con cambiarme de nombre; dejé de ser Marco Vinicio, me re bautizaron con el mote de *Speedy Gonzales segundo* y con su perpetua bendición me mandaron al circo de la vida sin mayor ayuda.

No tiene caso ahondar en los múltiples problemas que tuve que afrontar en la niñez y en la adolescencia. Mi inquietud se hizo universalmente conocida. Los profesores también se dieron por vencidos y me pasaban de grado no por mi aprovechamiento académico sino para no volverme a ver nunca jamás.

He de confesar que pasé esos años sin darme cuenta de la loza tan pesada que yacía sobre mis hombros. Me conformaba con ser el chistosito de la clase, con ser el simpático que invitaban a cualquier fiesta que quisieran alegrar y después poder comentar que habían asistido al mejor festejo del año. Los invitados esperaban con ansias de que yo abriera la boca para empezar a sonreír y al poco tiempo acababan meándose de risa.

No creo que haya sido mi físico el que provocara la hilaridad, pues no tengo los ojos saltones de un sapo ni la manzana de Adán del tamaño de un balón ni un timbre de voz que retumbe hasta el centro de la Tierra. Si bien procuro estar al corriente de los chistes de moda, tampoco pienso que sea el factor decisivo para el gozo de mi público querido.

Considero que lo que impacta son los gestos y ademanes con los que acompaño cada una de las palabras que pronuncio. Además, algo simple, con mi ingenio y creatividad, lo hago más interesante y gracioso, por lo que más temprano que tarde, la mayoría acaba revolcándose en un amplio carcajeo.

Como un golpe de mazo en la espalda que amenazaba con quebrar mi columna vertebral, algún día cualquiera me di cuenta que no podía mantener una relación amorosa, no existía chica alguna que pudiera aguantar el torbellino de actividad en que me había convertido.

No me quedaba otro camino, más que:

“Tienes que sonreír, sonreír payasito
piensa bien que su amor ella a ti no te dará.

Tu destino ya está para siempre marcado
payasito, su amor no te dará”.

Pasaba de flor en flor, sin ni siquiera con la más mínima posibilidad de polinización. Al principio en algunas ocasiones traté de expresar mi dolor por el rechazo, pero mis ojos se negaban a derramar aún la más pequeña lágrima, estaban más secos que cualquier desierto.

Así anduve por el mundo hasta que un día un señor dizque profesional selló el pasaporte de mi vida con la leyenda: trastorno bipolar de la personalidad en fase maníaca. Me recetaron un sinfín de medicamentos, primero, para disminuir mi actividad y pasado un tiempo, cuando ya no tenía ganas de hacer nada, otros para reactivarme y de esta manera se estableció un ciclo interminable de altas y bajas como si estuviera en cualquier rueda de la fortuna con la desventaja de que el control no me pertenecía a mí sino a un fulano cualquiera.

Me sentía como en el juego de lanzar dardos en los que algunas veces experimentaba el éxtasis por dar en el blanco y otras, sólo me quedaba la tristeza al ver como los globos se burlaban de mi falta de tino.

Así pasaron varios años hasta que consideré que era mejor vivir como un chapulín en comal caliente que estar medicado todo el tiempo, por lo que tiré lo que me habían recetado al bote de basura y me resigné que mi destino fuera: tienes que sonreír, sonreír payasito...



Eduardo Caballero

El palpitar de las horas

Arturo Villafranca

Nos encontramos exhaustos, perdidos, a expensas de nuestra suerte en aquel bosque. Con once años, mi gemelo Gabriel y yo, huíamos del lobo con el que nos cruzamos, ahí, donde reposa la roca gigante con forma de cuervo. En cierto punto de la persecución, lo perdimos; por fortuna se distrajo con una presa mucho más jugosa que nosotros: con grasa entre la piel y los huesos.

Guiándonos por su lejano rumor, dimos con el río; ese que en otras ocasiones nos llevó hasta el pueblo, sin embargo, no sabíamos a qué altura nos encontrábamos; manteníamos viva la esperanza de llegar a tiempo puesto que, aquella tarde, sería la última vez que el circo itinerante presentaría el acto del gran Lucio Vrukel: el encantador de luciérnagas.

El nivel de las aguas estaba crecido, turbio; con su carga de ramas, tierra y hojarasca aquel líquido corría como si, al igual que nosotros, tuviera prisa por llegar. Gabriel resbaló y fue arrastrado; sus ropas, por fortuna, lo engancharon a un tronco que surgía del lodo. Cuando lo rescaté, se encontraba inconsciente; una de sus mejillas había sido rebanada; con el rostro teñido por golpes y arañazos quedé irreconocible, pero, pese a todo, respiraba; intenté reanimarlo; al sentir que su cuerpo se tornaba helado, buscando una fuente de calor, fue que me percaté... los últimos rayos de sol ya se disipaban, abandonándonos.

Di tremendo brinco cuando. Por entre los arbustos, salió un zorro: escapaba de lo que fuera que se movía en la espesura; vi a un hombre vestido con harapos, corpulento y barbado clavar la mirada en su presa; cogió a Gabriel y se lo echó a la espalda sin el menor esfuerzo, cual si se tratara de una liebre muerta; cada intento por arrebatárselo fue en vano: bastaba un empujón suyo para arrojarme al suelo. Apretadas por un alambre de púas invisible, mis víceras no erraron al presagiar peligro, pero ¿qué podía hacer yo? ¿Dejar a mi hermano con él?; no me quedó más remedio que seguirlos.

Tras soportar el angustiado palpitar de las horas, llegamos a lo que presenté eran las entrañas del bosque; a lo lejos, distinguí una casa en ruinas: las luces, apagadas; las paredes, ennegrecidas; los cristales, destrozados, reflejaban la noche. Al interior, me sorprendió el incesante sonido producido por el aleteo de cientos de aves enjauladas. Sus prisiones colgaban, todas, en torno a un tapete al centro de la habitación.

El sujeto arrastró con el pie el grueso lienzo. Apareció la portezuela que abrió en seguida; ésta azotó contra el piso de concreto, avivando el grito de los pajarros y levantando una nube de polvo que aún habita mis pulmones.

Impregnados por un hedor palpable, e iluminados por una bombilla que, aunque rota, conseguía alumbrar aquel descenso opresivo entre muros, los escalones ya nos daban la bienvenida a la fosa de los desamparados.

La distancia entre el último peldaño y la puerta de metal que intentaba contener la pestilencia era mínima; permanecí, con náuseas, de pie en el penúltimo escalón mientras que el sujeto llenaba en su totalidad aquel reducido espacio. Tras deslizarse el cerrojo, me sofocó el tufo de la muerte: era tan espeso

y punzante que parecía sustituir mi saliva y recorrer la garganta dejando a su paso un intenso sabor a hierro.

Reinaba la oscuridad; ésta, buscando ahogarse en éxtasis, aprovechó la luz de la bombilla que desde el exterior lograba filtrarse: decidió revelar, en una de las cuatro esquinas, *la caja*: aquel cubo fabricado con retazos de metal soldado que esperaba por engullirnos; sus fauces oxidadas y bien abiertas exhalaban pútrida desesperanza: inhalarla eclipsó el impacto repentino de saberme acompañado por montones de cuerpos mutilados alrededor.

El hombre por fin dejó a Gabriel, quien tendido en aquel suelo rojizo, apenas iniciaba a recobrar el sentido. Con voz ronca, el sujeto ordenó que nos desvistiéramos y, ya que mi hermano aún no regresaba del todo, tuve que hacerlo por ambos; después nos encerró.

Al percatarse de nuestra situación, Gabriel, abrazándome, tiritando de frío, me bañó en vómito; sollozaba inmerso en aquella desoladora confusión, mientras yo, recorriendo los alrededores con la mirada a través de aquel único hueco en el metal oxidado —ése que se encontraba casi a la altura de mi rostro y permitía el paso del aire— segundos antes de que el hombre abandonara la habitación y corriera de vuelta el pestillo, alcancé a ver dos objetos reflejar la escasa luz que los salpicaba. Tendidos sobre el mantel negro de aquella diminuta mesa, el cuchillo y el revólver custodiaban.

Por el agujero, apenas cabía mi cabeza. Si algo tenía en extremo claro era que, de no conseguir escapar antes de que el sujeto regresara, terminaríamos como los entes desfigurados al exterior de *la caja*: privados de lengua, orejas, quijada... Más me valía encontrar, de inmediato, la forma de agrandar aquella ventila.

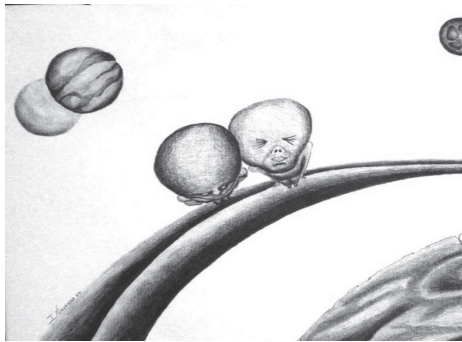
Descubrí que quienes nos precedieron intentaron arrancar un pedazo de metal al costado de dicho orificio, mismo que conseguí partir luego de incansables dobleces, mas no fue suficiente. La desesperación comenzó a apoderarse de mí: aún no conseguía pasar por aquel maldito espacio; intentando descifrar la manera, recordé que, de pequeños, jugábamos cerca del pozo cuando caí por una zanja y se me zafó el hombro. Sin tiempo que perder, con ambas manos recogí vómito del suelo y comencé a embadurnarlo en los bordes del agujero, en seguida me di a la tarea de golpear mi hombro una y otra vez contra la pared de metal hasta que el brazo cedió: quedó colgando, como ajeno a mí. Le ordené al aterrado Gabriel que se encorvara debajo del orificio para poder utilizarlo de escalón y, tras el invaluable par de minutos que perdí al intentar convencerlo del plan, finalmente obedeció. Subí en él, me coloqué de espaldas y pasé mi cabeza por el hueco; después cargué el brazo hacia el pecho y lo abracé con firmeza; Gabriel, de a poco, se fue levantando para que yo pudiera impulsarme; cada milímetro fuera de *la caja* implicaba un milímetro de piel rasgada; quedé atascado: colgaba de la cadera; me era casi imposible sostener el peso arqueado del torso: pensé que se me quebraría la columna; entonces le grité que empujara con todas sus fuerzas, sin pensarlo, hasta que me escuchara caer del otro lado. A esas alturas, mi cerebro ya había bloqueado la capacidad de sentir dolor.

A lo lejos, pude escuchar los gritos desesperados de mi hermano clamando mi nombre; abrí los ojos. No sé cuanto tiempo pasé ahí tirado; con

esfuerzo y un fuerte mareo conseguí incorporarme. El viento, —ése que se colaba por debajo de la puerta— de pronto, cesó; se escuchó un portazo en el piso superior. Apresuré el paso hasta la mesa y cogí el revólver; me recargué contra el muro de concreto helado; pretendía dispararle al sujeto tan pronto éste entrara. Entonces, entre susurros empapados por sus lágrimas, Gabriel imploró que me acercara a la ventila y lo matara a él; alegaba que, si por alguna razón yo no conseguía asesinar al hombre, seríamos torturados a muerte. Insistí que podría manejarlo, sacarnos de ahí, pero mi hermano perdió por completo la razón: aprovechó que me encontraba al otro lado de la fosa para lacerar, de gravedad, sus muñecas con el filo del agujero; comenzó a desangrarse, tarde o temprano moriría. Para salvarlo de aquel vívido purgatorio, honrando su insistente y entrecortada súplica, porque lo amaba... le disparé.

Mis oídos quedaron escuchando un pitido penetrante; el estruendo alertó al carcelero; segundos más tarde, la puerta se abrió de golpe; la imponente sombra del sujeto se hizo presente en la pared de *la caja*; apenas volteé ya lo tenía encima; descargué el revólver por completo; el eco frenético de su bramido saturó el espacio; corrí hacia la puerta, pero la bestia se lanzó y, empleando sus garras, alcanzó a prensar y tirar con fuerza de uno de mis talones; mi barbilla terminó estrellándose contra el piso; logré zafarme, pero para sobrevivir necesitaba hacerme de un arma; me arrastré hasta la mesa y tiré del mantel; tras caer el cuchillo, apresurado lo busqué con la mano y, temiendo que se esfumara toda esperanza de salvación, lo alcancé; tan pronto la fiera se abalanzó sin piedad sobre mí, atravesé su garganta.

Tirado, sin alma, motivo ni fuerza, a la mitad del sendero que dividía la espesura, bañado en culpa que emulaba, sin distorsión alguna, la esencia misma de la sangre, fue la lluvia quien me despertó minutos antes de que me encontrara la caravana; una mujer, envuelta en telas amarillas, descendió del vehículo que la encabezaba; tras cubrirme con mantas y sumergirse en el profundo oleaje de mis ojos, dijo: «Noah, bienvenido a tu nuevo hogar, yo soy Rasvati; dueña y clarividente del Circo de Landhra».



Habitantes del limbo IV
Ignacio Navarro

Música, maestro

Francisco Duarte Cué

Nunca fue el primero de la lista, pero no le anduvo lejos. Tenía algunos problemas para crecer, como el precio del boleto que podía pagar la clientela de la ciudad, los costos de las rentas y así, pero era un muy buen show. Dos pistas circulares, porque a su dueño, don Mario Sarmoyo, nunca le pareció que se pudieran apreciar tres al mismo tiempo como se estaba usando en Estados Unidos.

Este circo fue, en su origen, propiedad de una familia alemana que luego decidió dedicarse a la venta de terrenos haciendo a un lado las giras con el espectáculo; fue ahí donde lo compró el papá de don Mario y lo mantuvo bastante bien mientras entrenaba a su hijo para que lo conservara como su fuente de manutención. Tenía una sola pista como el ruso de Moscú, aunque sin los osos que caminan sobre grandes esferas rojas, y decidieron los nuevos dueños llevarlo a tener una más para el gran nuevo total de dos.

La empresa, ya bajo don Mario, se cambió de la zona centro de la ciudad hacia el sur donde los terrenos eran más grandes y mucho más baratos, había estacionamiento y lugar para colocar puestos comerciales y una pequeña feria antes de que entraran a la gran carpa y, en especial, buen lugar para el zoológico de casa; guardar elefantes requiere espacio.

Elefantes, la fascinación de don Mario y, al tiempo, su gran frustración. Nunca pudo tener los ocho que siempre tuvo el Ringling, Barnum & Bailey y, mucho menos, hacer la presentación que se hacía con ellos y la música que Stravinski compuso ex profeso con la coreografía de Balanchine quedaba muy lejos de sus alcances monetarios. Por ello tomó cartas en el asunto cual buen empresario y contrató al músico de moda en México, Manuel M. Ponce, para que le hiciera una danza no para ocho sino para los cuatro elefantes de casa: “La marcha de los 4 y las 16 patas”.

Aquí es donde entro yo, uno de los pocos no cirqueros que trabajaron con don Mario, (hombre de arraigadas tradiciones carperas), y llegué a la chamba gracias a la recomendación de su hija, Nenita, quien administraba ya las finanzas del negocio. Soy ingeniero en electrónica, cosa común hoy en día, pero no así hace cuarenta años que hubo que hacer este trabajo, y todos me conocen como ‘el Karajan’ porque soy el que dirige la música en las funciones.

La pieza comisionada al Mto. Ponce requería de la presencia de una orquesta y, he de confesar, el circo nunca tuvo una. Toda la música era grabada y los ejecutantes eran los cirqueros que descansaban entre sus actos, pero no sabían tocar. Se sentaban en sillas frente a los atriles y actuaban la ejecución musical: hacían como que tocaban. El culpable del sonido, bueno que malo, era yo, apoyado en amplificadores, grabadoras y bocinas escondidas a lo largo del sureño local.

Cuando salían los elefantes era una gran fiesta. Empezaba por el grito del Jefe de Pistas: “Música, Maestro” y ese era mi cue para arrancar las grabadoras. Después vendría el resto del show: trapecios, leones, lianas,

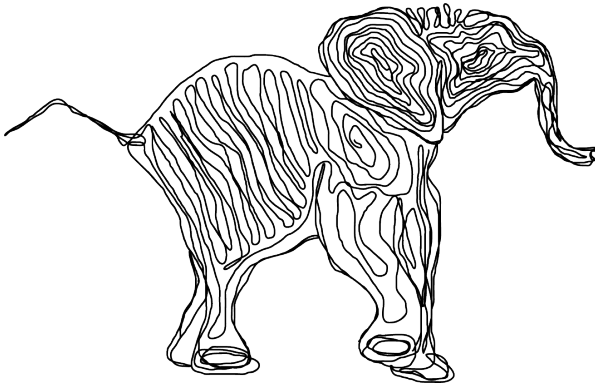
malabaristas, payasos y uno que otro número de moda que se contrataba en la Expo Grimaldi de Monte Carlo cada dos años.

Eran buenas épocas en las que la empresa daba trabajo a mucha gente; boleteros, artistas, cocineros, acomodadoras, fotógrafos, choferes... ¡Uff! Llegamos a ser 200 empleados que le agradecíamos a don Mario cada quincena y él nunca nos falló hasta que un día un iluminado en el gobierno determinó prohibir los animales en los espectáculos públicos.

La sola noticia entristeció tanto a don Mario que la depresión inmediata lo llevó a una tanda de infartos que no pudo resistir por mucho tiempo. La Nenita se encargó de finiquitar cuánta paga hubo que hacer y de acomodar a los animales hijos del circo en donde pudo y tan pronto como le fue posible. Dejó a los elefantes para el final.

Los cuatro paquidermos viven ahora en el zoológico nacional y, aunque nunca como en casa, están bastante bien atendidos. Siguen conviviendo con el patrón, porque él mismo dispuso que sus cenizas fueran untadas a sus queridos animalitos para que siempre estuviera con ellos.

Yo conservo las cintas magnéticas con la música de aquellos momentos de vida, hasta hice con ellas un disco compacto que toco en el estéreo de mi coche cada que paso por el terreno sede de la gran carpa azul y rojo, que ahora tiene un letrero grande que dice: se vende.



Viva la vida patas pa'riba

Angeles Montes de Oca Bowers

El arrastrón de los cabellos por los tres cuartos de la casa la hizo recordar a las aerolistas, bellísimas acróbatas que hacían su número colgadas de un chongo. Fue en aquel cirquito que se asentaba cada dos o tres años en los lodazales de Zaragoza, en medio de un baldío inundado por las fuertes lluvias al sur de la gran ciudad. Vio que Pedro atravesó el umbral y cerró tras sí la puerta con un golpe. Ella se quedó tendida junto al comedor de formaica, su larga cabellera sostuvo su cuerpo durante todo el recorrido. Sintió cierto alivio al escuchar el portazo.

Mirando el único foco en ese cuarto que hacía de cocina-comedor-sala y closet, volvió a sentir el gozo de ver aquella rueda de espejos multicolores que pendía del pico más alto de la carpa y un torrente de luz que iluminaba la pista. Se transportó a su más tierna infancia, cuando un raído hombre araña le obsequió a la salida de la escuela un boleto para el circo que rezaba “niños gratis” y con letras chiquitas “en la compañía de un adulto: localidad \$30.00”. Alejandra había convencido a su padre con boleto en mano que los niños no pagaban, que la llevara al tan anhelado espectáculo. El papá, un cansado obrero de torno, no pudo negarse: —Nomás no les digas a tus hermanos. El viernes en la función de moda hicieron la pequeña fila. Mientras los adultos esperaban la entrada, los chiquillos curiosoaban la jaula de unas leonas flacas y mosqueadas que eran el atractivo.

Alejandra miraba el foco hipnotizada. Era amarillento con algo de cochambre. Sentía sus largos cabellos extendidos y húmedos. No hizo por incorporarse. El foco era como el reflector de aquella carpa del “Sensacional Circo González”. El payaso Piloncillo anunciaba la “tercera llamada, tercera”. Alejandrita llena de emoción abrazaba a su padre. Nunca habían tenido una salida así. Todo era igual cada uno de los días en casa, pero ese viernes fue especial. En las tambaleantes gradas estaban ella y su papá esperando algo grandioso, increíble. Su corazón latía de tanta emoción. “¡Co-men-za-mos!” dijo la voz por la bocina.

La primera sorpresa fue una mini moto que circundaba el circo por dentro en un diminuto riel. El hombre al volante tenía un overol plateado y el reflector del centro lo perseguía en todo su ágil recorrido, La Estrella Fugaz, se llamaba el acto. “¡Mira, papá, está volando!” Y el run-run de la motocicleta acallaba los murmullos de los chicos y los grandes que asombrados hacían exclamaciones, anonadados de tantas piruetas a esa altura “y sin red”—dijo alguien.

Tal vez Pedro regresaría con más ira y más ebrio. Pero aquella ensoñación de los 7 años la tenía pegada al suelo, mirando el foco. “...y ahora con ustedes—diría Piloncillo—directos desde el África Septentrional *Piter* el domador de elefantes y *Narya*, la espectacular elefanta capturada en la salvaje Selva de Nairobi” Los ojos de Alejandra casi se salían de su cara, una pequeña elefantita más flaca y asustada que fiera y selvática, corría en torno a la pista al

golpe de cada latigazo de Piter, el domador que —como buen domador— tenía su jaquet rojo y su sombrero de copa y unas botas altas negras por encima de los pantalones que alguna vez fueron blancos.

Piloncillo anunciaba graciosamente cada número: el Mago, los trapeceistas, los payasos que se incendiaban el trasero y acababan empapados con los baldes de agua que otros payasos bomberos les arrojaban. ¡Las risas explotaban en la carpa! Hasta su papá que era tan serio tuvo que aflojar el rostro en una carcajada. Luego, el hombre araña y los superhéroes, la caballista.

A pesar de la modestia del espectáculo, todo era deslumbrante para la pequeña Alejandra, y aún ahora ese recuerdo le desprendía lágrimas de alegría que rodaron despacito hasta la loseta fría. Lo que más llamó su atención aquella única noche de diversión y amor fueron dos menudas señoritas de larguísimas cabelleras, ataviadas con primorosos trajes de lentejuelas. Piloncillo anunció con bombo y platillo a las Aerolistas: “¡Señoras y Señores! ¡Damas y Caballos Güeros! ¡Con ustedes Astrid y Lorna, que nos van a dar un numerito bien jalado de los pelos! ¡Y Que viva la vida patas pa’rrriba!”.

Las bellas jovencitas rápidamente trenzaron sus cabellos una a la otra e insertaron un gancho en esa especie de chongo, lo engancharon a un arnés que pendía de lo más alto de la carpa. De pronto ya estaban volando cual hadas por todo el techo del circo sobre los espectadores, sobre la pista, entre los tubos y los cables. Alzaban las piernas, hacían puntitas con sus zapatillas de ballet, se metían en un aro, se subían a una luna de utilería, aparecían flores detrás de una sombrilla. No había red abajo. Sólo colgaban del pelo. Y sonreían, maquilladas a la perfección, con sus pestañas postizas... ¡Qué lindas las veía Alejandrita! ¡Cómo abrazó a su papi esa noche! El fuerte tornero, callado, también experimentaba la emoción de la niña. Sus ojos brillaban cristalinos y no se arrepintió de haber gastado esos 30 pesos.

Así mirando el foco, Alejandra tuvo la sensación de algo viscoso y caliente en su espalda. Pasó de los trajes de lentejuelas al calor de su padre, a su mano tosca acariciándole el pelo esa noche. La única vez que sintió la cercanía de aquel hombre recio. El resto de su infancia practicaba las puntas, el Split, se dejó crecer el pelo. Quizá algún día pudiera trabajar en el circo, comprarse un leotardo de lentejuelas. Su padre sonreía cuando le contaba sus sueños. Era su secreto. Sintió su mano fuerte pero dulce acariciando su cabeza. Tres décadas después siguió conservando su hermosa cabellera. Ahí tendida, se dijo: “cómo es fuerte el cuero cabelludo” sostenía muy bien a las bellas aerolistas. Ahora mismo aguantó que Pedro la arrastrara por toda la casa y los tres azotes que le dio contra el piso.

Casi cuando Piloncillo iba a cerrar el espectáculo y la nostalgia del final se agazapó en su cuello, escuchó el ulular de una sirena. No era la primera vez que las vecinas llamaban a la ambulancia. Sólo que ella ya estaba en medio de la pista. Los payasos bomberos le aventaban un balde de agua fría entre corretizas y risotadas. Desde las gradas su papá le tendía los brazos y el foquito amarillento se fue apagando.

Encantador

Dave Brennan

Ángel tenía la capacidad de ver sólo el lado positivo de las cosas, un ilusionista provechoso. Tenía la capacidad de hacernos ver —a los que lo rodeábamos— el mundo a través de su pupila. Cuando me accidenté y me quedé inmovilizado un mes, me trajo una colección de libros que hicieron que aprendiera más sobre mi trabajo. Mi jefa —en vez de molestarse por mi mes fuera— me recibió de vuelta con un ascenso. “A donde el corazón se inclina, el pie camina”, me había dicho él ese día en el hospital, detrás de la caja de libros.

Cuando su hermana se quedó sin chamba, le regaló su cámara vieja y la alentó a tomar fotografías que representaran su pesar. Después de unos meses, abrió una exposición comparativa sobre el balance de invertir el tiempo en las personas que necesitaban su ayuda camino al trabajo y el trabajo. Su hermana vendió todas las fotografías y a la fecha le llueven propuestas profesionales todas las semanas. “No hay daño que no tenga apañío”, le dijo mientras le extendía el brazo con la cámara vieja al final de éste.

El día que el departamento de sus primitos tuvo una fuga de agua, compró una alberca inflable y los niños encontraron una cura para el calor del verano. “No hay mal que por bien no venga”, les dijo mientras les obsequiaba trajes de baño.

Un día, su novio lo terminó por exceso de positivismo, porque a veces también necesitamos emociones negativas. Ahora era mi turno. Le dije que viera el lado positivo, que ahora estaba libre para mí, el que había estado cerca todos estos años, pero envuelto en emociones negativas: en una melancolía perpetua inmune a la fluoxetina y a otros inhibidores de la recaptura de serotonina. Seríamos como dos polos opuestos que se complementan perfectamente. “Al buen amar nunca le falta qué dar”, le dije mientras le extendía una sonrisa. Él, sin embargo, no me respondió con un refrán; me enseñó que se sabía otro truco: el de desaparición.



El último mahout

Magy Otaduy

¡Se ha extraviado!

Es marzo y esta noche ha sido luna llena. Los tradicionales festejos de *Holi* celebran la llegada de la primavera y honran a *Krishna*; el bien triunfa sobre el mal y la luz de la primavera sobre la oscuridad del invierno. Durante la noche, los hinduistas construyen piras para quemar a *Holikan*, la deidad que representa el mal y, al amanecer, comienza una fiesta de alegría y renovación con un festival donde los festejos ocurren bajo una lluvia de colores. ¡Es todo un carnaval y este año ha sido más caótico que nunca!

—¿Pero cómo se ha escapado? —se pregunta angustiado Rammeed, mientras corre desesperado, sin rumbo, en una búsqueda sin lógica alguna. Después del desfile de los elefantes decorados por las calles de Udaipur y que concluyó en el palacio real a orillas del Lago Pochola, Rammeed llevó a Prihiti a su corral. Entre el alboroto de la fiesta debió haber olvidado cerrar bien la reja.

Cuando la fatiga lo obliga a sentarse, toma un poco de *chai*, recobra la cordura. Entonces, Rammeed, alarmado, difunde la información de alerta.

¡ATENCIÓN!

Se busca elefante

Nombre: Prihiti

Edad: 4 años

Peso: 2 toneladas

Color: Gris claro con decoraciones de *Holi* en rosa, amarillo y azul

Señas particulares: hembra con una oreja lastimada

Especie: elefante asiático pequeño, *elephas maximus indicus*

Lugar: Udaipur, Rajastán

Mahout: Rammeed Pramod Singh

Rammeed nació en 2010 en el seno de una familia que por más de 500 años ha pertenecido a los *mahout*, es decir, entrenadores de elefantes. “Son años difíciles para los herederos de esta profesión”, le ha dicho su padre innumerables ocasiones mientras le cuenta las grandes historias y leyendas que han dado a los *mahout* y a su familia, un lugar especial en la historia de la India.

Al cumplir 9 años, recibió a Prihiti conforme a la tradición de los *mahout* de designar un elefante pequeño a un joven de la familia, mismo que deberá entrenarlo y cuidarlo toda su vida. Durante tres años ya, los lazos entre Rammeed y Prihiti se han fortalecido. Lo que ambos disfrutan son las sesiones de baño en las que el contacto físico y la sensación de frescura ante los agobiantes calores, principalmente en primavera, los hace sentir amigos y en ocasiones cómplices. Dos pequeños creciendo juntos.

Pero no nos engañemos. Rameed vive el conflicto de haber nacido en una familia de *mahouts* en el siglo XXI. Escucha y aprende de las historias sobre sus ancestros, las glorias de las conquistas y las desgracias de las batallas perdidas en tierras de la India, donde los elefantes jugaban un papel protagónico. Su gran tamaño y su fuerza potencial fueron determinantes en las estrategias militares a pesar de la poca movilidad de estos gigantes terrestres y el descontrol que llegaron a causar, incluso al grado que llegaron a dar ventaja a los ejércitos enemigos.

El uso de los paquidermos con fines militares hoy, resulta inútil. Aún así, “los elefantes enaltecen a quienes acompañan”, aseguran los *mahout* quienes, obedientes a la tradición, desempeñan su profesión que ahora se limita legalmente a actividades religiosas, festivas y de turismo. Pero las penurias para los elefantes y los *mahouts* permanecen.

Mientras los pocos *mahouts* de la región se reúnen para organizar la búsqueda de Prihiti, Rammeed se adelanta y corre hacia los bosques que rodean Udaipur. Sólo él conoce las rutas que frecuentan durante los entrenamientos. En su caminar un tanto desesperado, Rammeed comienza a recordar las angustias que le ha generado ser *mahout*.

El niño había imaginado un futuro junto a su protegida en un templo como el de *Lakshimi*, donde Prihiti ofreciera bendiciones a los creyentes a cambio de una donación, o recorriendo las grandes avenidas de Nueva Delhi en algún festival o celebración oficial, o paseando turistas por las calles de algún gran palacio imperial. Sea cual fuere el porvenir, el *phajaan*, es decir, la técnica de entrenamiento de obediencia, es cruel y muy dolorosa. Ambos sufren las consecuencias del maltrato que es necesario infligir a los elefantes para quebrar su voluntad. Prihiti con dolor físico y emocional, mientras poco a poco se va rindiendo y Rammeed, quien carga con la pesada culpa de tales prácticas inhumanas e incomprensibles para un niño de 12 años quien, sin embargo, debe acatar las costumbres de su profesión heredada. Con frecuencia se pregunta si habrían sufrido sus ancestros estos conflictos fruto de su profesión.

La angustia invade sus pensamientos mientras recorre con gran velocidad las veredas del bosque, tratando de localizar a Prihiti. Respira con agitación y, por un instante, reconoce que no desea encontrarla. Quizá sería mejor renunciar a todo. No, imposible, su familia quedaría en deshonra y sin recursos para mantenerse.

EL calor lo confunde y lo agota. El alboroto de los festejos de *Holi* se escucha muy lejano cuando Rammeed alcanza a vislumbrar una silueta que distingue, tranquila, balanceándose bajo la sombra. Pronto lo alcanzarán los demás *mahout* y por un momento desea huir con Prihiti a una reserva de las que ha escuchado, encargadas de la protección de animales. Igual de imposible; tarde o temprano los encontrarían y las consecuencias serían terribles. Su padre no lo perdonaría y viviría en el fracaso personal y familiar.

En ese momento se percató, por primera vez desde que conoció a Prihiti, que sus vidas han quedado enlazadas. El enlace es definitivo y él, Rammeed, el entrenador, el *mahout*, el que exige obediencia e infringe dolor, es en realidad el esclavo de Prihiti. No puede escapar de ella y ella es su destino. La ve a los ojos y promete abolir esa esclavitud. Rammeed liberará a sus hijos. Será el último *mahout* de la familia Pramod Singh.

Alfonso Fajardo, saurópsido y diápsido

Alejandro Magallanes

Lo primero que hizo el niño que se convirtió en serpiente por desobedecer a sus padres fue tragarlos. Después lo capturaron y lo exhibieron en el circo. De viejo, el niño que se convirtió en serpiente por desobedecer a sus padres recordaba haberlos tragado sin hacer ruido, en silencio, tal y como ellos le exigían.



Habitantes del limbo XI

Ignacio Navarro

Momento de confesión

Gabriel Sarmiento

Sin falsa modestia, reconozco que provengo de una familia de abolengo, compuesta por ilustres personajes de los que es fácil sentirse orgulloso.

Mi abuelo era un payaso, con quien jamás se podía hablar en serio, ni llevar a cabo proyectos concretos, pero capaz de hacer reír al tipo más severo o malhumorado que se le pusiera en frente.

Mi padre, si no fuera porque lo acusaron de hacer trampa en el poker y lo mataron antes de que pudiera demostrar su inocencia, hubiera llegado a ser uno de los más grandes magos conocidos, capaz de hacer desaparecer hasta elefantes, y desde luego, a todos los ases en una partida de naipes, si así le hubiese convenido.

Mi madre merece un capítulo aparte. Una belleza impresionante aunque, a decir verdad, quizá demasiado expuesta a la opinión pública, y con enormes problemas de proporción, aunque esta última característica permitió a sus hijos vivir con algunas comodidades.

Mi hermana mayor fue la mejor contorsionista que ha existido sobre la faz de la tierra. Sus presentaciones siempre tenían el letrero de “Boletos Agotados”, hasta que un día, por un pequeño descuido, quedó convertida en un verdadero nudo ciego. Desde entonces, nadie sabe si va o viene.

De mis demás hermanos, que son 9, prefiero no hablar demasiado, para que no me acusen de presumido, aun cuando sus historias algún día deberán ser contadas.

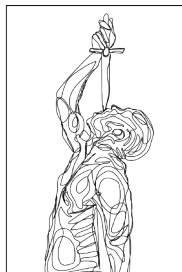
Con semejante parentela, no es difícil entender por qué me convertí en un traga espadas.

No pretendo revelar el secreto de mi profesión, por aquello de que al fraile y al cochino no les enseñes el camino, y aunque reconozco que es difícil tragarse espadas y sables hechos de filosos aceros, sin morir en el intento, ello resulta ser un juego de niños comparado con el tener que trabajar 8 horas todos los días sentado en una oficina, fingiendo como que trabajas y el patrón fingiendo como que te paga.

Recuerden ustedes que sólo los padres dominan el arte de mal educar a sus hijos, y yo recibí ese aprendizaje de los mejores, creyendo además que la ociosidad es la madre de una vida a todo dar.

Es posible que algún día se utilicen algunos aspectos de mi vida cuando se escriba el libro que evoque los ángulos más relevantes. Se llamará: Walter y su gloriosa familia.

¿No les dá un poco de envidia?



Amén

Arturo Villafranca

Comienzan a levantarse los fieles en estado de gracia; hermanos y hermanas del de junto, sonrientes ceden el paso sin que les sea solicitado. Envueltos por el eco de las cuerdas celestes en digna posesión de los miembros del coro, los hijos de Dios hacen fila ante su representante. Todos excepto Lourdes de Ávila, quien permanece sentada en la banca frente al altar, vecina a la imagen mariana. Habiendo advertido su indeseable presencia, quienes pasan junto a ella aprovechan su propio diálogo con Cristo para ignorarla sin la menor de las culpas. Decenas de rodillas, apoyadas sobre los reclinatorios recién tapizados, ya se postran respetuosas; entonces, se escucha el tremendo esfuerzo que implica el ponerse de pie a quien pronunciará el «amén» tan rezagado. Paso a paso, la mujer se apoya del bastón. Las bancas, luego de algunos minutos, vuelven a ocuparse; los suspiros desesperados a crear armonías con el cuchicheo viperino; y Lourdes, llegando a donde da inicio el pasillo central, se sabe a espaldas del jurado mayor.

—Mírate, Pilar —piensa, conforme va recorriendo aquella Vía Dolorosa—. Tan hija de puta; te decías mi amiga y, tan pronto Alfredo me abandonó cuando preñó a tu prima, me privaste de un lugar en tu mesa por ya no tener marido: como si por el pecado de aquel imbécil yo me hubiera convertido en basura indigna de ti. Ya quiero que te enteres de lo que hace tu Javier con la panadera.

Sólo Dios puede darse cuenta del sufrimiento que le ocasiona el caminar, puesto que su rostro no expresa más que serenidad y una sonriente pureza.

—Y, como siempre, Teresa y Lucía... claro—prosigue en su mente—. El Señor las hace y las zorras se juntan: muy viudas, muy viudas, pero yo se que se cargaron a sus maridos para quedarse con todo y así, con el pretexto de llorar brillantes, aprovechar que los Montes de Oca se los engancen en el taller. Muy santas y puras... excusas las que me dieron cuando necesité dinero para los medicamentos urgentes de mi hijo, que en paz descansa Federico; y en su podrida conciencia les pese.

Lourdes ya puede sentirse flagelar por las miradas que va dejando atrás, mas aquello no es impedimento para mantener, pese a todo, el tremendo porte que la caracteriza.

—Rebeca, querida, ni me veas con esa cara, que a ti no te guardo rencor; sólo al pirómano que tienes por marido: el que en una de sus borracheras convirtió mi casa en el maldito infierno, mandándome a vivir descalza con las hermanas. En lugar de echarme esos ojos, deberías lanzarme tu collar de esmeraldas: nada mal me caería para con eso ir cubriendo los gastos de la cirugía que me dejó así, mi reina. Sí, camino jodido y lento, pero al menos tengo dignidad. ¿Qué, ahora que lo recuerdo, no fuiste tú la principal sospechosa de robar el vino de la sacristía amenazada por tu goloso golpeador? Que lástima que el maquillaje no cubra heridas tan profundas, ¿verdad?

El cura, rezando para sus adentros por la gentil e inválida mujer que se acerca de frente, apresura el ritmo.

—No puede faltar, María Luisa, la estúpida que me tiró «sin querer» por la escalinata que precede la iglesia; sin querer te voy a partir la madre con todo lo visible y lo invisible. Por tu culpa, tu culpa y nada más que tu gran maldita culpa... ahora llevo un fierro entretrejado a mi columna; qué mejor colmo que este condenado fierro para sostener el cuerpo de esta condenada en vida.

Si algo no me cansaré de hacer, es de joderlos a todos ustedes pecadores hipócritas y virulentos; que juzgan incluso con el Cordero recién llegado a sus entrañas. ¡Pueblo de mierda! ¿Se molestan y desesperan sólo porque les quito unos minutos de su tiempo? ¡Pero si ustedes me lo han arrebatado todo! Y sépanlo bien, aunque para mí este lugar ya no sea más que el resultado de un descarado presupuesto, no habrá un sólo domingo, en lo que me reste de vida, que no me vean sentada junto a la Virgen; prometo caminar lo más lento posible; incluso morirme antes de comulgar con tal de apestarles el lugar. Pueden irse directo a la...

—El cuerpo de Cristo...

—Amén.



Paúl Núñez

La vida en el alambre

Guillermo Vega Zaragoza

No recuerdo la fecha exacta de la primera vez en que me caí del alambre, pero sí me acuerdo del dolor que sentí. De hecho, lo recuerdo cada vez que caigo. Cada dolor es nuevo, pero en el fondo es el mismo, el primero. Funciona como con los asesinos a sueldo. No sé en qué película un personaje que servía como sicario dijo que se puede matar a muchas personas, pero al que nunca se olvida es al primero. O el primer amor, a ese tampoco se olvida.

Empecé a subirme al alambre desde muy pequeño, desde luego por influencia de mis padres. Desde siempre, recuerdo haberlos visto subidos allá arriba y para mí era como si volaran, pájaros sin alas. Entonces supe que yo también quería volar. Creo que fue a los seis o siete años que finalmente me dejaron subir, pero antes tuve que prepararme arduamente, practicar mucho y, sobre todo, aprender a caer, en caso de que eso sucediera. Desde luego, nadie se sube al alambre pensando en que se va a caer, pero la posibilidad de que algo falle siempre está ahí, revoloteando como zopilote: un mal cálculo, una mano sudorosa, una distracción, un instante de descuido.

La cosa es que me gustaba tanto subir al alambre que me volví muy bueno allá arriba. Piruetas, de cabeza, con una sola mano, haciendo malabares, saltos mortales, dobles y triples, todo tipo de suertes que hacían que el público contuviera el aliento, luego soltara exclamaciones de asombro y, al final, estallara en aplausos. Eso era lo que más me gustaba: el asombro y el aplauso. Los cosechaba cada noche y se me volvieron algo normal, cotidiano. Empecé a dar por descontado que era muy bueno en lo que hacía y, como dicen, me dormí en mis laureles. Creí que ya la había hecho en la vida.

¿Cómo lograba no fallar, si cada vez hacía suertes más peligrosas allá en lo alto? La clave estaba en nunca ver hacia abajo y asumir que el alambre siempre iba a estar en el mismo lugar. El alambre era mi amigo, no me podía fallar. De hecho, él nunca me falló. El que le falló fui yo. Por confiado.

Desde pequeño, mis padres me enseñaron que solo debería creer en Dios, en ellos y en mí mismo. Nunca me hizo falta más. Pero entonces confié en alguien más. No tenía por qué no hacerlo: era muy buena en lo suyo; nunca dejaría que algo me pasara. Pero ese día, una falta de concentración, alguna distracción y todo falló.

Esa vez caí porque quise hacer una suerte que no había realizado antes. Era un público nuevo, quería congraciarme con ellos y me metí, como se dice, en “camisa de once varas”. Subí e hice la suerte, pero un extraño impulso, una corazonada, me hizo mirar hacia abajo. Sentí miedo como nunca, vacilé al dar el paso definitivo. Ahora pienso que el alambre sintió mi miedo y también titubeó: de repente ya no lo sentí bajo mis pies. Había desaparecido.

Por un instante me sentí flotar, pensé que podría volar sin alas y volví a mirar hacia abajo. No había red de protección. También había desaparecido. Me sentí como Wiley E. Coyote cuando, persiguiendo al Correcaminos no se da cuenta de que el camino se ha terminado y debajo de sus pies solo hay el fondo

de un acantilado. La caída fue inminente.

Esa vez casi morí, aunque nunca perdí la conciencia. Yaciendo en el suelo, no escuché aplausos ni exclamaciones de asombro sino un silencio sepulcral, como si todos se hubieran ido, cuando en realidad todos me miraban, estupefactos, como si no creyeran lo que había sucedido. ¿Cómo era posible que a Miguel, el mejor de los equilibristas le hubiera pasado semejante desgracia?

La caída sigue doliendo, como la primera vez. Nunca la podré olvidar. Pero me ha servido para aprender. Y aquí sigo, recuperándome, subido otra vez en el alambre que es la vida.



Habitantes del limbo I
Ignacio Navarro

Querido lector

Hemos formado un circo literario considerando las cualidades que necesita cada uno de los participantes. En los textos de esta sección, los hemos retratado en distintos momentos. A ver si reconoces quién es quién. Te invitamos a poner el nombre del personaje en el espacio junto a su ocupación. Nuestras respuestas vienen de cabeza en la parte de debajo de esta página. Esperamos que disfrutes nuestros juegos.

Gracias por leernos.

Personajes de circo:

- 1 Maestro(a) de ceremonias _____
- 2 Domador(a) de leones _____
- 3 Payaso(a) _____
- 4 Contorsionista _____
- 5 Director(a) de orquesta _____
- 6 Aereolista _____
- 7 Mago(a) _____
- 8 Entrenador(a) de elefantes _____
- 9 Niño(a) que se convirtió en serpiente por desobedecer a sus padres _____
- 10 Traga espadas _____
- 11 La mujer de hierro _____
- 12 Equilibrista _____

Soluciones:
 1 Maestro(a) de ceremonias - Cristina
 2 Domador(a) de leones - Blanca
 3 Payaso(a) - Marco Vinicio (o Speedy Gonzales)
 4 Contorsionista - Noah
 5 Director(a) de orquesta - el Karajan
 6 Aereolista - Alejandra
 7 Mago(a) - Ángel
 8 Entrenador(a) de elefantes - Rammeeed
 9 Niño(a) que se convirtió en serpiente por desobedecer a sus padres - Alfonso Fajardo
 10 Traga espadas - Walter
 11 La mujer de hierro - Lourdes de Ávila
 12 Equilibrista - Miguel

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

**Coordinación de Enlace
y Relaciones Públicas**
Ana Claudia Quintana Ramírez

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
Habitantes del limbo X
Ignacio Navarro

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy
Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:
Brandon Hurrle García
Fabianne Gutiérrez
Sofía Aranka

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac

Digital
www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta y nueve. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Agosto-Septiembre de 2022.



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

“El alma humana tiene grandes misterios que penetrar y grandes cuestiones que debatir cuando está sola.”

William Shakespeare
(Romeo y Julieta)



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para **NUNCA** dejarlos ir